

ISIDRO MÁS DE AYALA
(1899-1960)

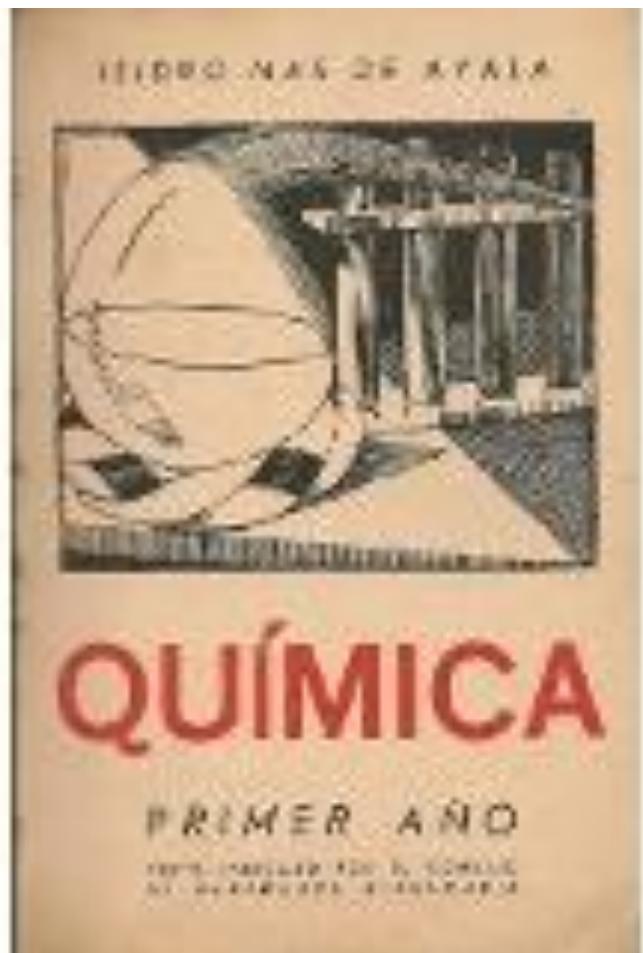


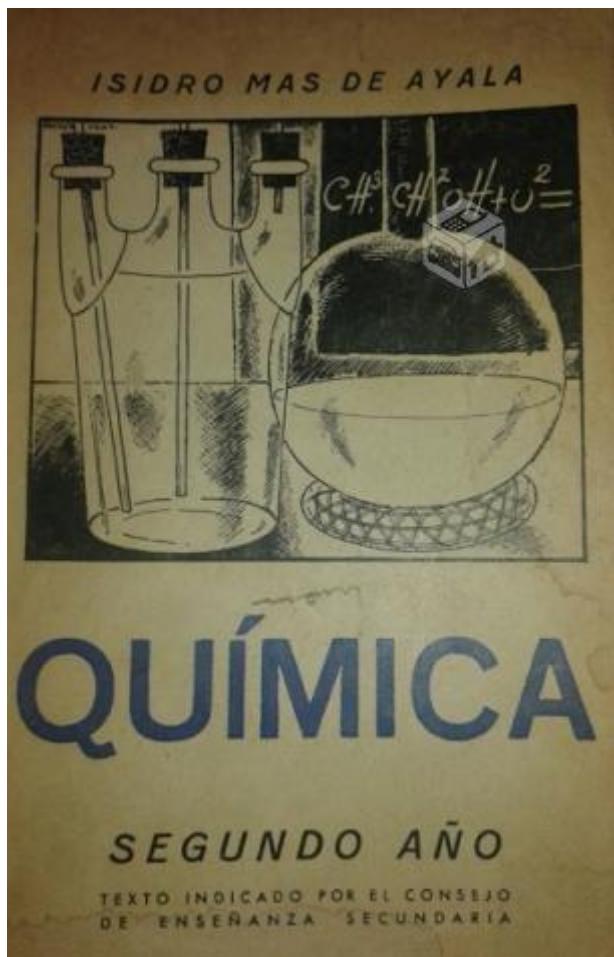
Isidro Cecilio Más de Ayala Lecour nació en Montevideo el 15 de mayo de 1899. Hijo de José María Isidro Más de Ayala Matos, uruguayo, nacido en 1833 y fallecido en 1910, y producto del tercer matrimonio de su padre, con María Eugenia Albertina Paulina Lecour Reynaud. Antes su padre había estando casado con Gregoria Almada y luego con Amadea Sandalia Baillo Porley. Del primer matrimonio quedaría un hijo: Gregorio Rafael Más de Ayala Almada, y del segundo otro hijo: Aquilino Más de Ayala Baillo.

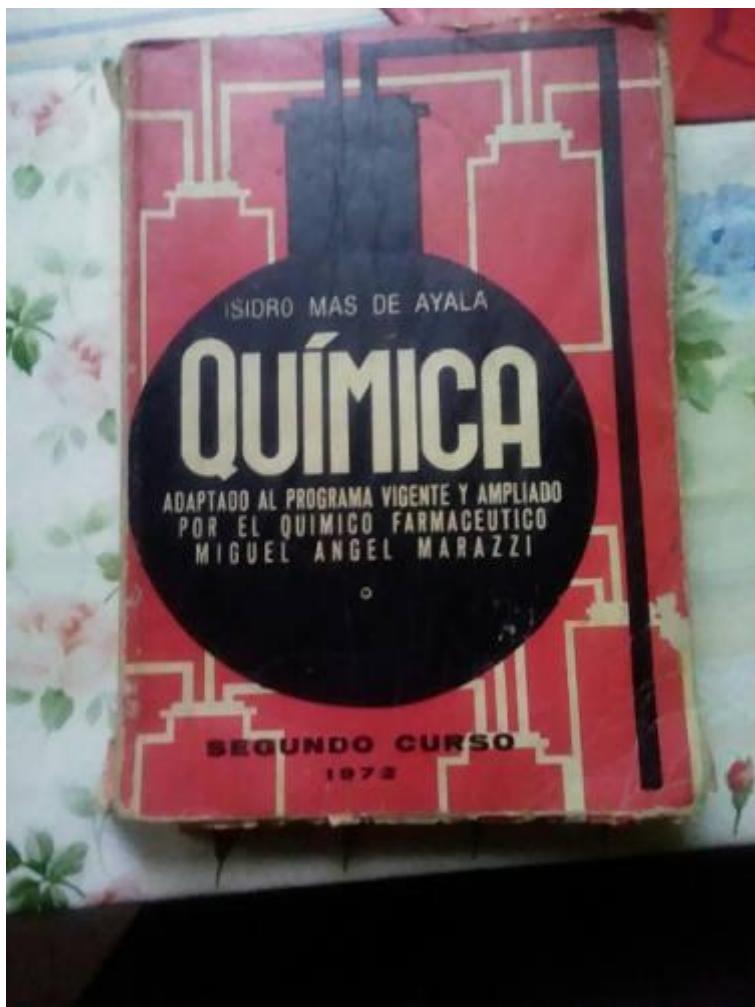
Los Más de Ayala Lecour fueron cinco hermanos, de los cuales un genealogista familiar pudo identificar a Julián José, Isidro Cecilio y Graciela Eulalia, Miguel Ángel y María Eugenia. Isidro Cecilio casó con María Elida Ayala Larratea.

Graduado en la Facultad de Medicina de Montevideo el 30 de setiembre de 1926, se vinculó tempranamente a la docencia en Enseñanza Secundaria y Preparatoria, elaborando textos que llegaron hasta las generaciones de los años 1975, con

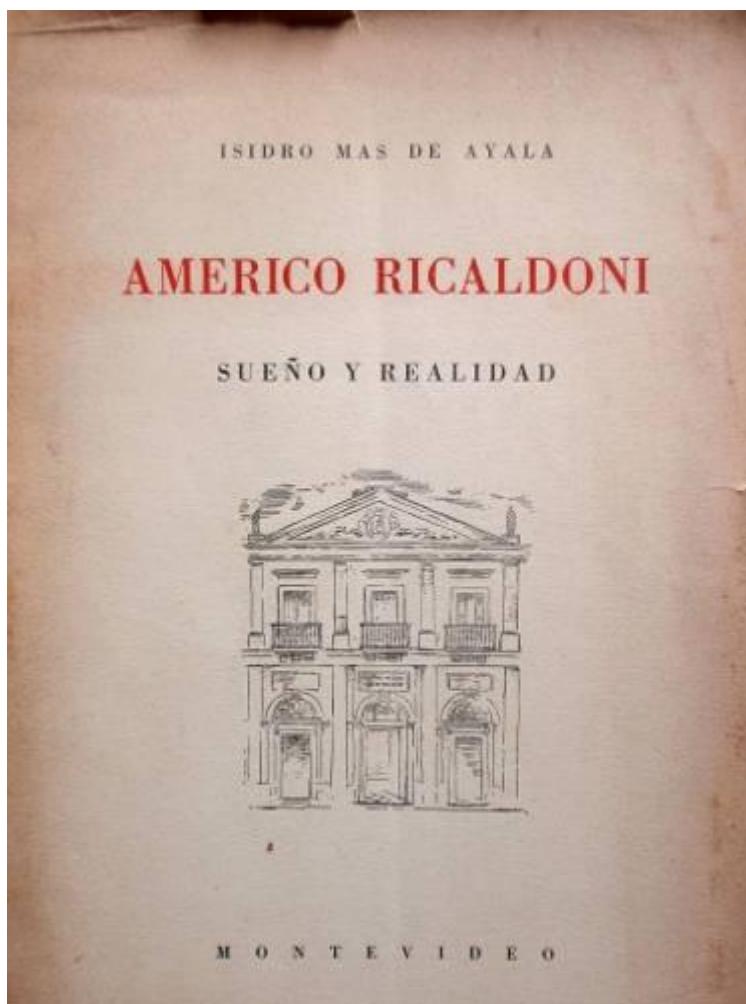
sus recordados libros de Química para 3º y 4º de Liceo. También realizó textos *Elementos de Biología, Nociones de Física.*







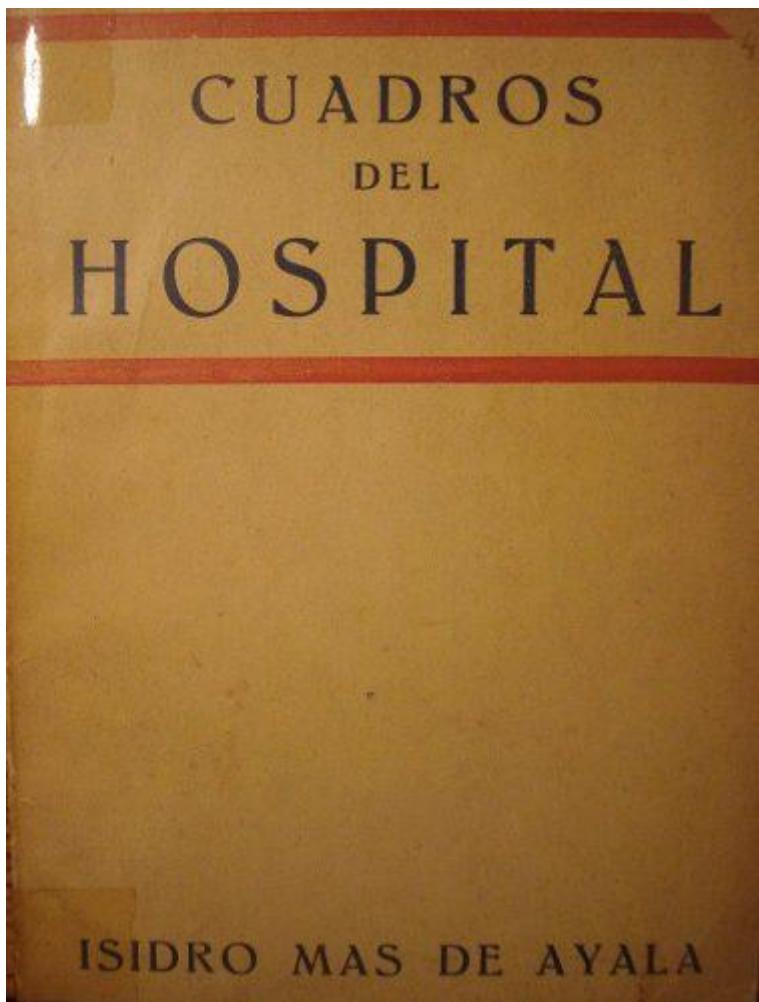
Fue Practicante Interno en los Hospitales de la Asistencia Pública Nacional, rotando por los servicios del Hospital Maciel, el Hospital Vilardebó, el Asilo de Mendigos y el Hospital Pereira Rossell. Tuvo ocasión de asistir a las clases y cursos de Américo Ricaldoni, del que dictó años más tarde, una memorable conferencia en el Paraninfo de la Universidad, que fue publicada bajo el título Américo Ricaldoni, Sueño y Realidad.



En su condición de estudiante, participó en la Asociación de los Estudiantes de Medicina, particularmente a través de sus escritos en la revista *El Estudiante Libre*, la revista de la gremial estudiantil, como lo recordaría su compañero José Pedro Cardoso.¹

Siendo todavía un practicante de Medicina publicó su primer libro *Cuadros del Hospital*, en julio de 1926. Allí recoge sus vivencias en el trato con el dolor de los pacientes, y anunciando un fino espíritu de observación de los cuadros humanos que se ofrecían en la época, con 17 relatos breves de ineludible lectura. Anticipa allí algunas preocupaciones que volcaría en otras producciones literarias posteriores.

¹ CARDOSO, José Pedro: Isidro Más de Ayala (1899-1960). Médicos Uruguayos Ejemplares, Tomo II, Horacio Gutiérrez Blanco, Editor, 1989, p. 381-382.



Se inclinó por la psiquiatría y obtuvo por concurso el cargo de Jefe de Clínica Psiquiátrica.

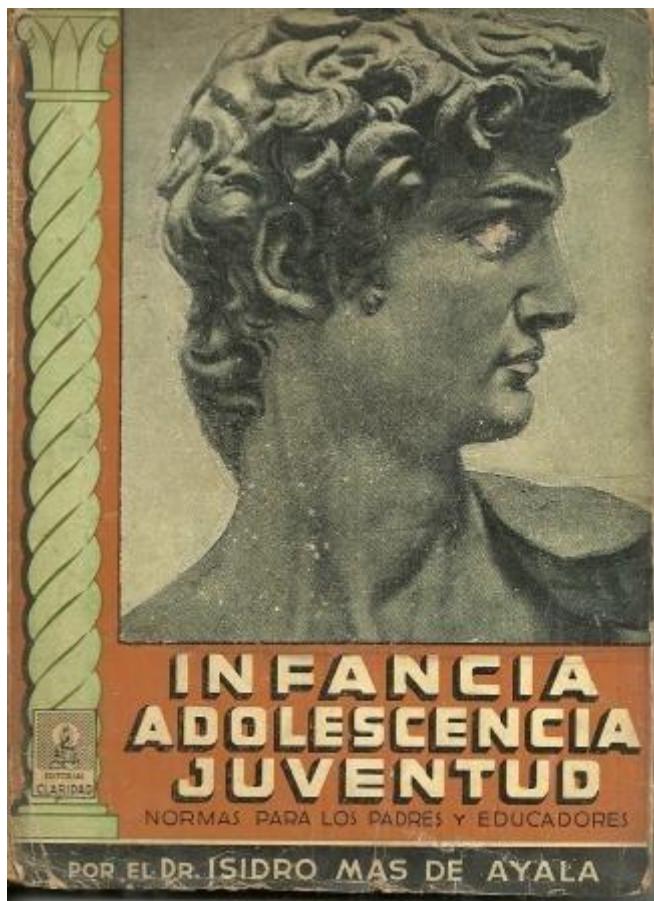
Fue Director de las Colonias de Alienados "Dr. Bernardo Etchepare" y "Dr. Santín Carlos Rossi", señalando en 1937 que de los dos mil quinientos pacientes asilados en la[s] Colonia[s] solo el 20% correspondía al diagnóstico de esquizofrenia, cifra que da una pauta de la gran variedad de los motivos de internación.² En la Facultad de Medicina fue Profesor Libre de Psiquiatría.

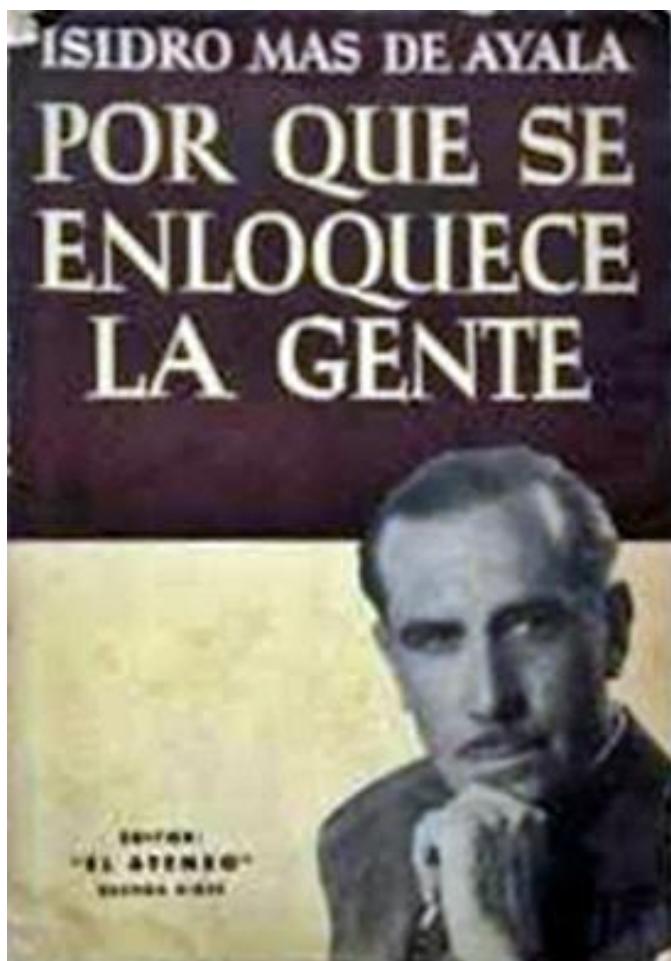
Ejerció la tarea de Inspector General de Psicópatas, y fue Presidente de la Sociedad de Psiquiatría del Uruguay.

Sus publicaciones abarcaron varios géneros, además de su producción científica dedicada a la psiquiatría y a la docencia. Fue ensayista y publicista, contribuyendo con frecuentes columnas en el Suplemento Dominical de *El Día*, y hasta el final de su vida desde *La Torre del Vigía*, en el diario *El Plata*.

De sus publicaciones médicas se mencionan sus libros *Infancia, Adolescencia y Juventud*, un manual para padres y educadores, y *Por qué se enloquece la gente*.

² ARDUINO, Margarita y GINÉS, Ángel M.: Cien años de la Colonia Etchepare. *Rev Psiquiatr Urug* 2013; 77 (1): 59-67.

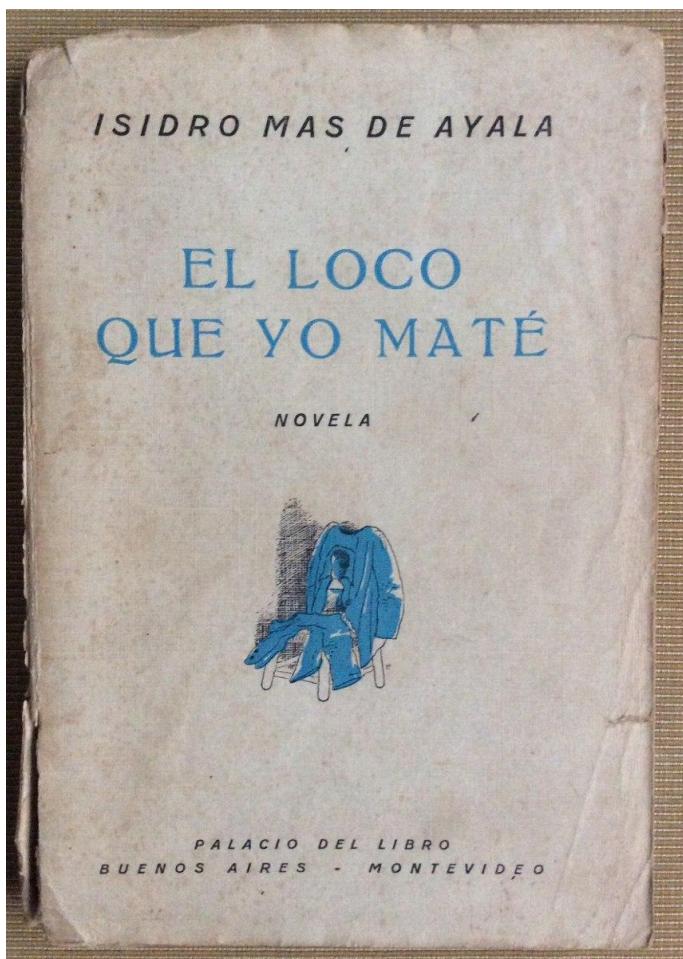
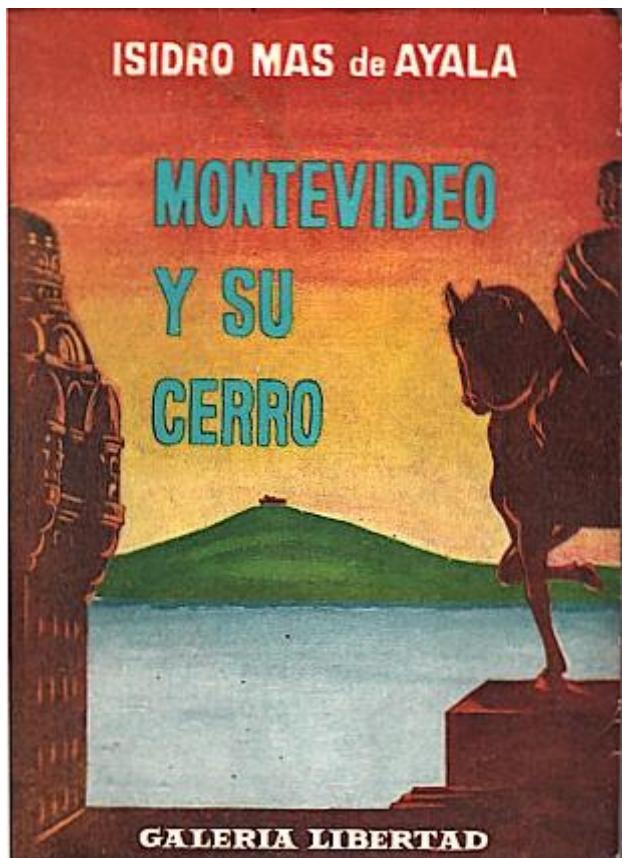


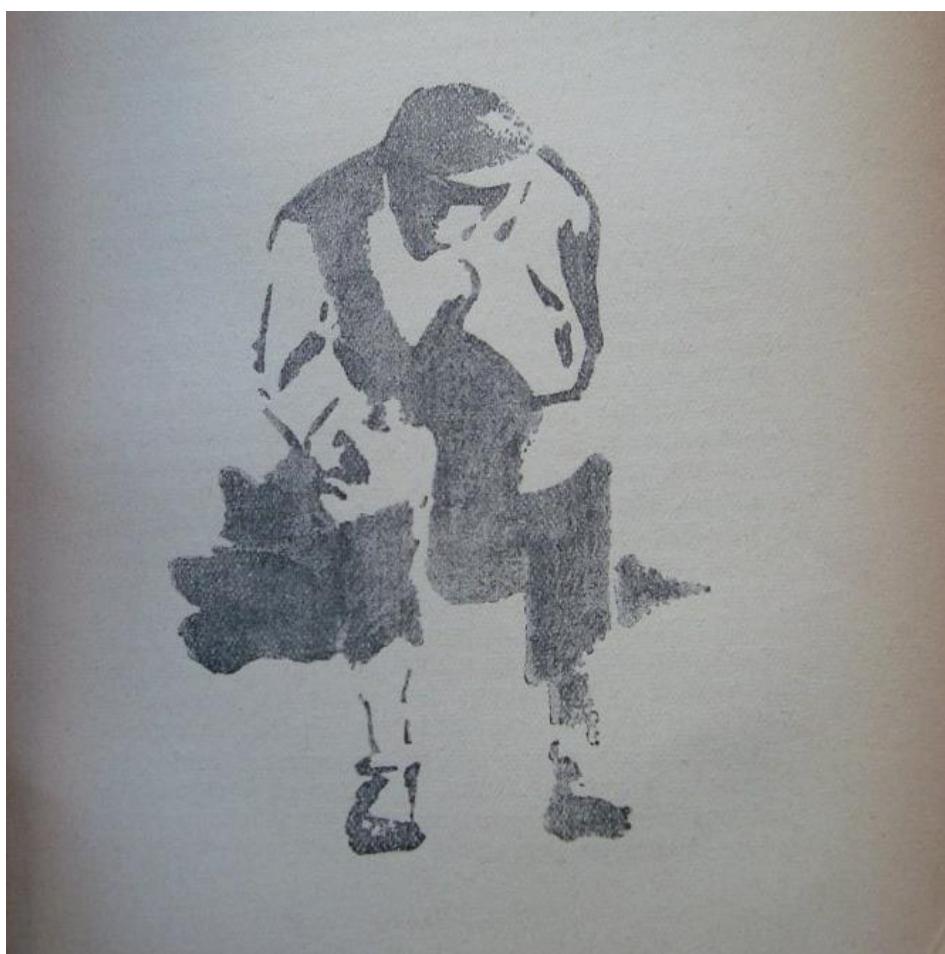
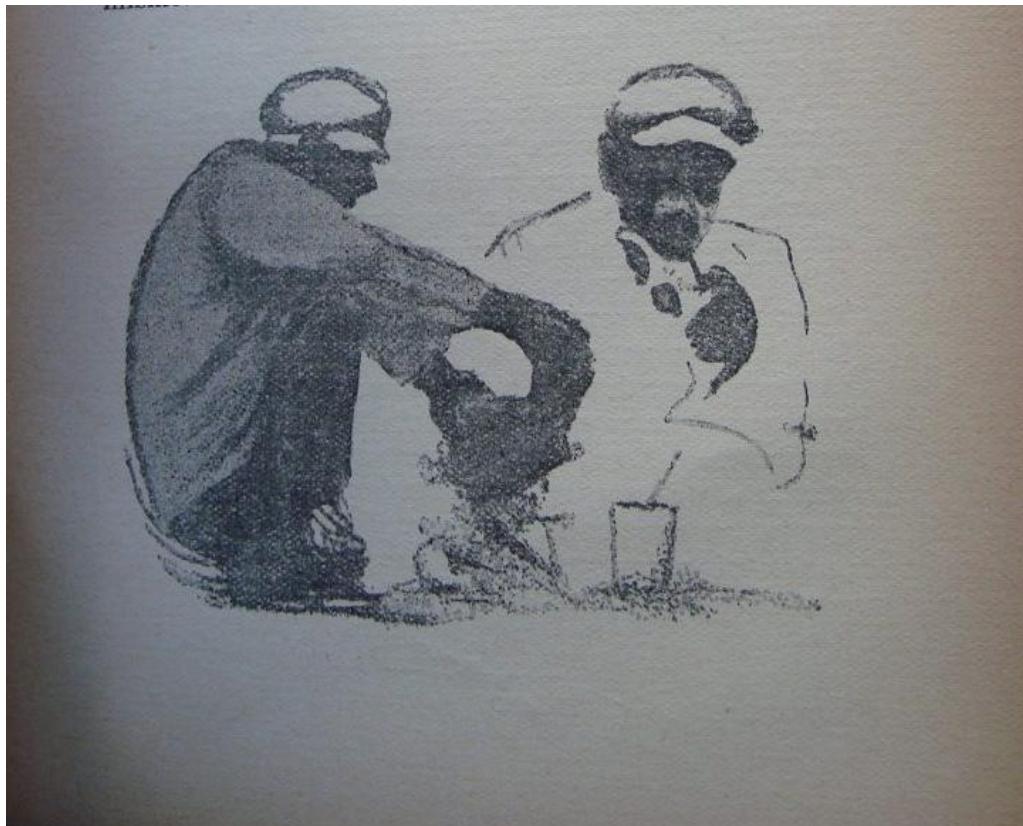


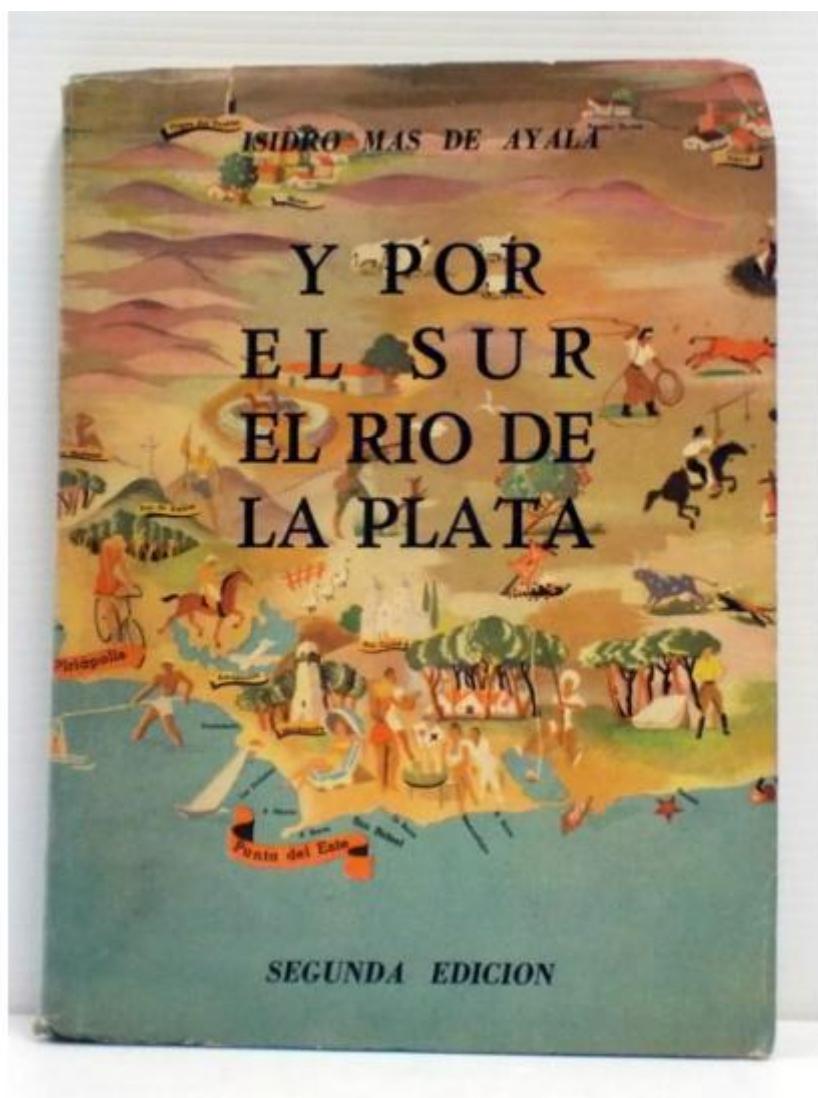
Entre sus trabajos sobre temas clínicos se menciona "Melancolía y diabetes", "Tratamiento por el Treponema hispanicum de afecciones mentales y neurológicas"; "Estudio clínico de la fiebre recurrente española experimental"; "Las reacciones menígeas en los procedimientos de piretoterapia. La presencia del plasmodium vivax en el líquido cefalo-raquídeo de enfermos impaludados".

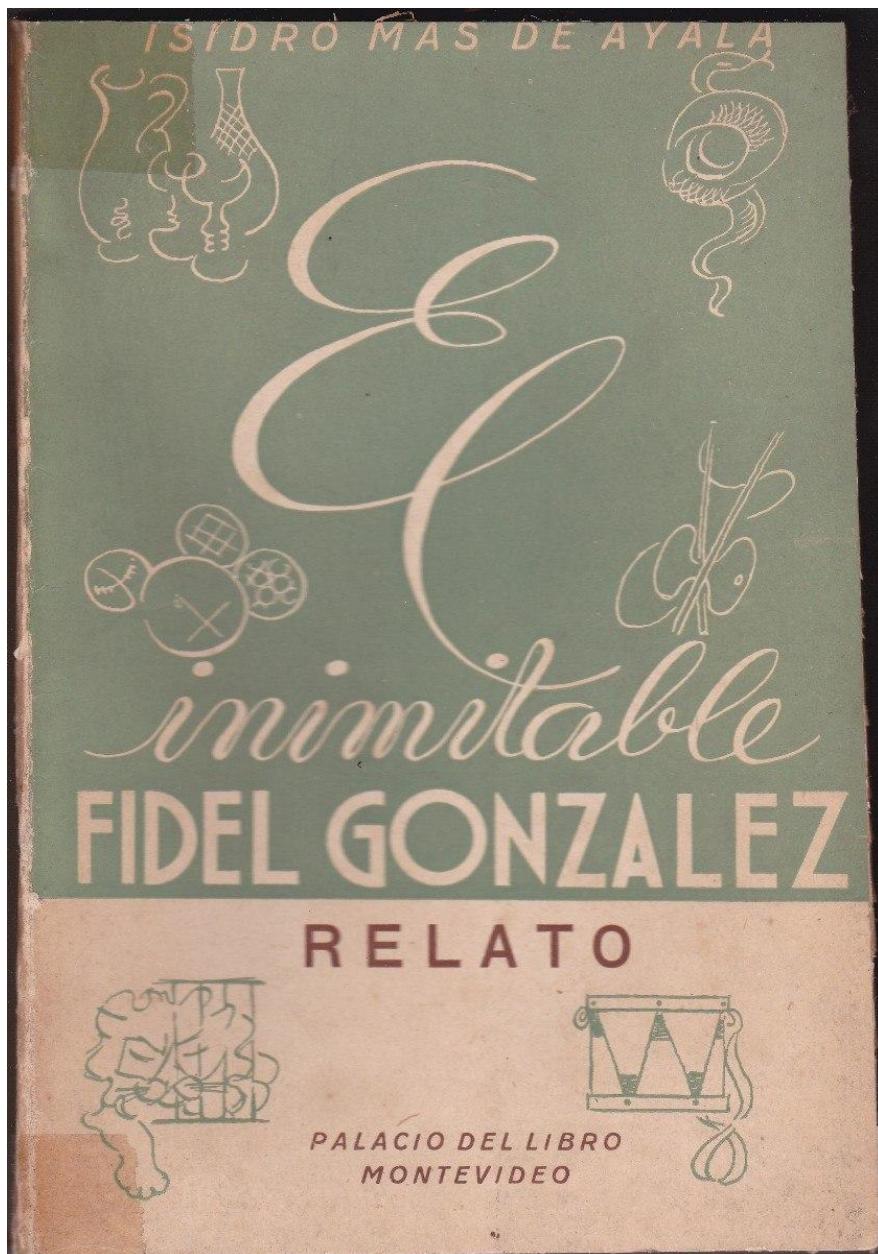
En la literatura inició con aquel libro sobre *Cuadros del Hospital*, seguido por *El loco que yo maté*, *Montevideo y su Cerro*, *Y por el sur del Río de la Plata*. Estos dos recogen algunas de sus muchas columnas publicadas en *El Plata*.

Como ensayista incursionó en el campo de la Sociología, y en todas sus publicaciones hizo derroche de ironía y humor.











Isidro Más de Ayala, según Sábat.

En el homenaje realizado por la Revista de Psiquiatría del Uruguay (marzo-abril, 1966), **José Pedro Cardoso**, que fue su compañero en la AEM y en la Psiquiatría, realizó una rica semblanza, de la que fue extractado para *Médicos Uruguayos Ejemplares*,³ que transcribimos:

En el Más de Ayala psiquiatra, médico integral, psiquiatra integral, Jefe de Clínica de la Facultad, Técnico de Salud Pública, Director de la Colonia Etchepare, Inspector General de Psicópatas, Autor de numerosos trabajos y libros científicos, Profesor libre de Psiquiatría, Representante de la Psiquiatría uruguaya en certámenes internacionales, Presidente de esta Sociedad, etc., se abría otro abanico de manifestaciones diversas de su inquietud espiritual, de su talento, de su fuerte voluntad, de su cultura.

Fue autor de textos didácticos, escritos consagrados, ensayista que penetró en el campo de la Sociología, dirigente estudiantil, poeta.

Ha de permitírseme que tome, en primer término, ya que no podré referirme a todos, algunos de los aspectos hoy menos notorios, aquellos bajo los cuales lo conocí hace cuarenta años.

Revisando en estos días sus trabajos y sus libros, he tomado otra vez en mis manos uno de los primeros, "Infancia, Adolescencia y Juventud", compilación de un curso dictado en el Instituto de Estudios Superiores, y he sentido que la dedicatoria con que me lo obsequió es como un imperativo para que evoque en estas palabras de hoy al Más de Ayala de aquellos tiempos juveniles ya lejanos.

Comienza así: "Testimonio de una larga amistad iniciada en la Directiva de la Asociación de Estudiantes de Medicina..."

Fue entonces cuando lo conocí, como dirigente estudiantil, como Director de "El Estudiante Libre", órgano de la Asociación.

Allí, en la revista de los estudiantes de Medicina, vieron la luz las primeras expresiones del criterio humanista y social con que encaraba la militancia y el derrotero de la juventud.

Con temprana madurez escribió entonces sobre la función social del médico, sobre la cultura universitaria como formadora de hombres y no solamente de técnicos, sobre la reorganización de la docencia, sobre la intervención de los estudiantes en el gobierno de las Casas de Estudios, y allí, en "El Estudiante Libre", aparecieron por aquella época algunas de sus producciones poéticas.

Luego, el gran abanico en que se abre un talento: investigador, clínico, escritor. ¿Enumerar sus trabajos científicos? Sería una larga lista.

Desde sus estudios iniciales sobre piretoterapia e insulinoterapia hasta los trabajos en que desarrolla el criterio predominante de lo psico-somático.

³ CARDOSO, José Pedro: Isidro Más de Ayala (1899-1960), Tomo II, 1988, pág. 381-382.

En los últimos años acentuó y consolidó ese enfoque de sus concepciones. "La Psiquiatría y la Medicina Psicosomática", conferencia en las Jornadas Psicosomáticas de Tucumán, en 1950; "La Formación Reticulada; su significación en Neuro-psiquiatría", en 1957; en el mismo año "Las Neurosis a la luz de la actual Neurofisiología", conferencia dictada en la Clínica Psiquiátrica de Barcelona; "Algunas ideas de Freud a la luz de la Neurofisiología", en 1958; "Formación Reticulada y Alteraciones Psiquiátricas", también en 1958; etc.

Contemporáneamente con su labor técnica, profesional, funcional, científica, docente, en las diversas direcciones en que, como antes decía, se abría su talento, este hombre, que rechazaba el unilateralismo, tuvo en el campo de las letras la aptitud creadora que lo consagra como escritor de grandes valores.

Dos colegas nuestros, con reconocida aptitud para juzgar la creación literaria y artística – Brito del Pino y Reyes Terra – han coincidido, en sendos enfoques de la personalidad de Más de Ayala, en que su producción literaria, en la que solía campear una fina ironía anatoliana, les hace evocar el punzante costumbrismo de Larra.

A través del libro, del periódico y de las revistas literarias, su obra en el campo de las letras encontró amplia recepción dentro y fuera del país, y lo consagró como uno de los autores nacionales más leídos, reiteradamente reconocido y juzgado con elogio por la crítica uruguaya y extranjera.

He esbozado apenas algunos de los rasgos de la vida y de la ejecutoria de Isidro Más de Ayala, de este psiquiatra y de este hombre singular, cuyo espíritu se proyectó con impulso creador y fecundo en los caminos de la ciencia aplicada, de la docencia, de la investigación científica, del arte, de la literatura, de los estudios sociales.

Murió joven, y al evocarlo hoy en el seno de la Sociedad de Psiquiatría a la que dedicó muchas de sus caudalosas energías, admiramos el brillo del denso contenido humanista de su personalidad, de su formación cultural y de su obra múltiple; y aseguramos la justicia de este reconocimiento pleno, que el correr del tiempo no borra sino que afirma."

En el número 15 de la revista **La Cruz del Sur**, correspondiente a noviembre-diciembre de 1926, publicada en Montevideo⁴, aparece una reseña de su primer libro **Cuadros del Hospital**, firmada por las iniciales J.C.W., en estos términos:

⁴ *La Cruz del Sur: revista de arte e ideas*, fue fundada por Alberto Lasplaces, y dirigida por los hermanos A. y G. Guillot Muñoz, apareció entre 1924 y 1931, publicando un total de 32 números. La transcripción que sigue corresponde a las columnas aparecidas en páginas 33 y 34 del número 15 (noviembre-diciembre de 1926).

- I. Las calles 25 de Mayo, Maciel, Washington y J. L. Cuestas, forman un ring sombrío y vetusto, donde suben los boxeadores de la Vida. Unos, prepotentes y seguros de su triunfo, se dan sobrenombres raros: Doctor, Médico, Cirujano, etc. Otros, doloridos y vencidos al subir al ring, se titulan: Desgraciados, carne de bisturí, residuo humano... El público – que no puede contemplar el combate – va de una a tres, a consolar a los perdedores. Y en estas dos horas se oxigena con cloroformo y dolor.
- II. Isidro Más de Ayala es un muchachón de rostro triste y de labios gruesos. (Al decir que tiene labios gruesos, dejó sentado, que es muy bondadoso). Es médico y diagnostica con la misma sencillez, con que, el bárbaro Pancho Espínola, nos describe la escena del padre, besando al hijo *agusanao*.
- III. Una mañana en la que el sol alegremente, hacía saltar los cascarones de dolor del Hospital Maciel, el Hombre le dio un *uppercut* al Doctor, y Más de Ayala, comenzó a escribir los Cuadros del Hospital. Y su mente afiebrada, vio rodar un montoncito de carne que movía las manitas y ensayaba un llanto.; platicó con un dolorido que el doctor llamaba loco; palpó el dolor de una pierna que el serrucho separó para evitar una gangrena fatal; y divisó al Sufrimiento, haciendo piruetas de clown, saltar de cama en cama, pinchando la carne de los enfermos, gritándoles brutalmente: Soy yo, imbéciles, el Sufrimiento que me metí por vuestra boca, cuando la abristeis por primera vez para llorar, en aquella noche, en que una mujer os arrojaba al mundo.
- IV. Se necesitaba el hombre corajudo que nos describiera las escenas brutales de una sala de operaciones. Y apareció con Isidro Más de Ayala.
- V. Cuadros del Hospital, son diez y siete narraciones reales de lo que vio el autor en su peregrinaje por los nosocomios. Si tuviera que optar por una, no vacilaría en aplaudir fuerte, a los cuatro brochazos magistrales del relato titulado: *Sala de operaciones*.

A los escritores como Isidro Más de Ayala, les exigimos, a la brevedad posible, un nuevo libro.

J. C. W.

Veamos, a continuación, el texto mencionado por el crítico.

SALA DE OPERACIONES⁵

⁵ MÁS de AYALA, Isidro: Cuadros del Hospital, pág. 93 – 98, Imprenta Renacimiento, Montevideo, 1926, 112 páginas.

Salita blanca, pequeña, luminosa. Dos mesas metálicas con muchas palancas y tornillos en su base. Cilindros con gasas. Cilindros con túnicas. Cajas brillantes de los instrumentos. El techo de la Sala es de vidrio. El Sol penetra a chorros. Grandes ventanas dan al jardín. En los viejos árboles del Hospital los pájaros tienen sus amores, a pocos metros de las operaciones y de las autopsias. Precisamente en este instante varios gorriones forman sobre un árbol un tumulto ensordecedor, disputándose la hembra a picotazos. Y ella, sobre una rama, se alisa coquetamente con el pico las plumas de las alas. En el silencio de la Sala de Operaciones, sólo interrumpido por el ruido seco de tijeras que cortan y pinzas que muerden, llega la alegría de los pájaros como un toque de vida y un trampolín de esperanzas nuevas. Los cirujanos ya han llegado Y la labor comienza.

Cáncer del seno. Doña Marcelina tiene 50 años. Viene de Rocha. Es madre de ocho hijos. Hace muchos años notó en el seno derecho una pequeña dureza. Como un carozo. Después, fue creciendo, fue creciendo. Y ahora ese seno tiene el doble volumen que el otro. Ocasiones siente grandes tironeamientos. El cirujano ha hecho el terrible diagnóstico. Y ahí traen a doña Marcelina en la camilla. Y ya la están poniendo sobre la mesa de operaciones.

La mascarilla del éter se infla rítmicamente. Pronto la enferma duerme. Entonces el cirujano hunde el bisturí marcando dos trazos circulares que sobrepasan los límites del seno y llegan hasta la axila. Se hace en la Sala un silencio como un fragmento de noches. Rápidamente el cirujano levanta la mama. Y saltan seis, ocho arterias, manando sangre a cada pulsación. Una más fuerte llega con su chorro rojo y caliente hasta la cara del cirujano. Pronto las pinzas muerden en las arterias que sangran. Se está sacando de la axila todos los ganglios. El seno ya está libre. Es puesto sobre una mesita para su estudio. (Seno fecundo, de una madre de ocho hijos: ¿estarán allí todo el monstruo tentacular inexorable?) Se dan las puntadas de sutura sobre el sitio de la mutilación. Y se llevan la enferma para la cama. Por el camino, doña Marcelina se va despertando:

- Tití, Marcos, Antonia, Pedro, Pedrito!...

- ***

Emilio Farías es labrador. Cultiva en la vecindad de Minas el pequeño terreno donde vive con su familia. Su madre, la mujer y cinco hijos. Trabaja infatigablemente. Cuando el Sol sale proyecta en el campo la sombra alargada y delgada del labrador sobre los surcos que abre. Cuando el Sol se pone, la sombra se ha corrido como en un reloj indígena y ahora cae sobre los surcos ya fecundados. Hasta que un día Emilio Farías se clavó una astillita de pino en la yema del pulgar. Se sacó la astillita y no pensó más en ella. Siguió trabajando. Al otro día amaneció con el dedo hinchado. Se puso grasa de cocina y se fue al

campo a trabajar. Pero a mediodía tuvo que dejar el trabajo. No podía más. Tenía hinchado todo el brazo.

Un médico le practicó en el pueblo una pequeña incisión para dar salida al pus. Pero la tumefacción crecía. Y tenía una fiebre que volaba. Pasaba las noches enloquecido por el dolor. Y el brazo crecía, crecía, amenazando estallar. No podía dormir. Tenía por las noches terribles pesadillas llenas de delirios. Soñaba que sacaba del brazo toda clase de bichos. Arañas, cucarachas, víboras. Y que los ponía sobre la mesa de noche. Amanecía gritando, sudoroso, temblando de fiebre.

Llegó esta mañana al Hospital. Tres veces se le ha propuesto la operación salvadora. Amputación bien alta del miembro tomado por la gangrena. Y tres veces, después de mirarse largamente el brazo, ha dicho:

- *Señor, es el pan de mis hijos...*

Pero el dolor aumenta. Siente como unos tironeamientos terribles en todo el brazo. La fiebre crece. Y cuando el médico ha pasado por su lado lo ha llamado y le ha dicho:

- *Doctor, no puedo más. Corte nomás, meta cuchillo.*

Y Emilio Fariás, el labrador de Minas, ya está tendido sobre la mesa de operaciones y se le está durmiendo. Luego, yodo, bisturí, sangre, pinzas. El enfermo delira por la fiebre y el éter:

- *Doctor, saquemé esa crucera, matemé esa víbora, no ve que la tengo prendida en el brazo? Matelá le pido... Doctor, mi doctorcito.*

La sangre salta a chorros. Hasta que es detenida por las pinzas. Se limpia bien el hueso del brazo. Y ya está el serrucho mordiendo con su música de carnicería.

- *Doctor, ¿no ve la araña que me entró en el brazo? Matelá doctor, mire que es venenosa. Ya la mató? Gracias doctor. Dios se lo pague.*

Ya cae el brazo, hinchado, oscuro, tumefacto. Se recortan los nervios. Se aprieta las arterias. Se dan los puntos sobre la herida. Y el enfermo sigue delirando:

- *Pero muchachos, no pisen ese pedazo que está sembrado. Jueguen en otra parte. Corran por el sendero. No pisen, hijos, ese pedazo por favor. No ven que aplastarán así los brotes tiernecitos de las lechugas. Corran, corran por el sendero...*

Amputación de la pierna de un domador. Aurelio Barrios, 35 años. Desde hace 15 años doma potros en los campos de Corrales, Cebollatí, Lascano. Notó un bulto en la pierna y fuertes dolores. Sobre todo al apretar las rodillas sobre el bagual. Vino a Montevideo. Los médicos dijeron: cáncer de la pierna. Y aconsejaron urgentemente la amputación bien alta.

Los cirujanos se están lavando. Se ponen las túnicas desinfectadas. Y los guantes de goma. Antes de tenderse en la mesa de operaciones, Aurelio Barrios envía para su pierna una mirada larga y dolorosa. (Cuando me despierte ya no la tendré!) Se le ha puesto la máscara del éter y el enfermo se va durmiendo. Forcejea antes de dormirse. Pronto se queda quieto. Bajo la acción del éter vuela, con mil velas desplegadas, el barco de su fantasía cargada de recuerdos. Se le oye decir:

- *Corcoveá nomás, mañero viejo. Huy... ja, ja, hupa y se fue...*

Con la mano izquierda, el cirujano toma todas las carnes de la parte anterior del muslo y las levanta. Hunde un cuchillo largo entre ellas y el hueso. La punta del cuchillo asoma por el otro lado. Y el cirujano corta largamente. Hace lo mismo con la parte posterior. Cuatro chorros rojos se cruzan como cuatro surtidores de una fuente de colores. El cirujano contiene la hemorragia rápidamente con cuatro pinzas. Y estas quedan colgando de las carnes rojas como finas sanguijuelas metálicas que chupan las arterias. El ayudante empuja los músculos para arriba, separándolos del hueso. Y el cirujano se pone a serruchar.

- *Chu...rrú, chu...rrú, chu...rrú.*

Parece que los dientes del serrucho mordieran en los huesos de todos los que lo escuchan. Bajo la acción del éter, la imaginación del enfermo debe volar muy lejos. (Domas, pencas, rodadas). El cirujano termina de serruchar. (Amores, tropas, silbidos). Y la pierna del domador de potros cae sobre las baldosas. (Guitarras, montes, domingos). – Se ponen las ligaduras en las arterias que sangran. Se sutura la piel. La operación ha terminado. Y la pierna ha sido puesta en un balde. Y del balde sale el pie lívido con el talón para arriba.

Grandes manchas rojas quedan en la Sala blanca. Vendados ensangrentados. Gasas con coágulos. Olor a éter penetrante y fuerte. Los cirujanos dejan sobre la mesa sus túnicas manchadas de sangre y de yodo. Y se marchan. Sólo queda en la Sala, después del combate de esta mañana, el seno fecundo de la madre de ocho hijos. Achatado sobre la mesa como un agua-viva sobre la arena. La pierna del domador, que asoma el pie lívido fuera del balde como buscando un estribo en el aire. Y el brazo gangrenado del labriego de Minas. Con la palma abierta como quedaba en los campos después de arrojar el puñado de simientes en el surco fecundo. Los gorriones prosiguen su griterío sobre los árboles del patio

vecino. Y el Sol penetra a chorros en la Sala de operaciones. Y bendice dolorosamente a los tres instrumentos de labor y de lucha, mutilados, exangües, lívidos que han sido tirados junto a la vía, fuera de la vagoneta, para que la locomotora de la vida pudiera seguir marchando en esos tres organismos enfermos que acaban de pasar...

Más reciente en el tiempo, **Wilfredo Penco** expresó:⁶

*Ensayista, narrador y cronista. Nació y murió en Montevideo. Fue uno de los médicos psiquiatras de más reconocido prestigio en el Uruguay, y como tal representó al país en congresos internacionales y realizó trabajos científicos que significaron aporte fundamental en la materia, entre los cuales se destacan **Psiquis y soma** (1947) y **Por qué se enloquece la gente** (1944), éste con un original enfoque sociológico del tema. Se inició como narrador en 1926, con **Cuadros del hospital**, serie de relatos que había publicado en El Día, y de los cuales Alberto Zum Felde destacó el valor estético y humano. Su posterior producción fue mostrando nuevas vetas: el humorismo, artículos de costumbres y descripciones paisajistas, que fueron conformando su sólida reputación de hábil y sagaz escritor polifacético. Su columna en El Plata, titulada "La Torre del Vigía", que firmaba con los seudónimos de Fidel González y Zoiilo Camargo, se constituyó en una de las más frecuentadas por los lectores de la década del 50. Obtuvo premios literarios y colaboró durante años en el suplemento Dominical de El Día. **Y por el sur del Río de la Plata** fue el libro de autor nacional más leído en 1958, e integraba una trilogía – truncada por la muerte – con la cual el autor pretendía abarcar el estudio de los caracteres humanos y físicos de todo el país.*

Wilfredo Penco acompaña su ficha del autor con una Bibliografía, donde reseña todas las publicaciones literarias de Más de Ayala, y Referencias abundantes de medios gráficos de Uruguay y Argentina, además de publicaciones de referencia, como la Historia de la Literatura Uruguaya Contemporánea, El humorismo y la crónica, y Proceso Intelectual del Uruguay.

En la **Revista Iberoamericana**⁷ aparece una reseña del libro de Más de Ayala *El loco que yo maté*, publicado el año anterior en Montevideo por Palacio del Libro. Allí puede leerse:

No sé quién es Isidro Más de Ayala. Esta novela no da ninguna idea de su identidad ni menciona otros libros suyos. Pero estoy seguro de que él conoce a fondo a los locos. Solamente una persona que ha pasado una gran parte de su

⁶ PENCO, Wilfredo: Isidro Más de Ayala (1899-1960). En Alberto Oreggioni: Nuevo diccionario de Literatura Uruguaya. Editorial Banda Oriental, 2001.

⁷ Knapp Jones: Revista Iberoamericana, Vol. V, Número 10, octubre 1942, pp. 411-412.

vida en compañía de ellos puede narrar tan gráfica y convincentemente el lento progreso de un ser humano hacia su derrumbamiento mental, y darles interés a miles de palabras, tanto interés que casi no podemos dejar de leer.

No hay acción física en esta llamada "novela".

Reynaldo de Montalbán, dramaturgo uruguayo de cincuenta años, que trata de deshumanizar el arte en sus comedias, se ha ganado la enemistad de los críticos. Entabla una conversación con el jefe de un manicomio de Montevideo. Recibe una invitación para visitar el instituto y estudiar a los locos para poder incluir a algunos de ellos en su próxima obra. Él se viste el uniforme azul de los locos y pronto descubre que éstos le consideran otro enfermo, enloquecido con mucha sabiduría.

Halla interesantes a muchos compañeros: un ingeniero celestial que ha descubierto la conservación de la energía; un generalísimo de la tierra y la mar; un hombre que se cree el más rico del mundo; un aviador español que no puede olvidar las escenas brutales de la guerra civil. También allí conoce Montalbán a Emilio, genio artístico, pero loco. Tal vez éste contribuyó con las ilustraciones que, con los ejemplos de la escritura de los locos, hacen de este libro un case history tanto como una novela.

Al fin de la primera parte, Montalbán sospecha que se halla loco. Al fin de la segunda, cree que el artista de la palabra ha perdido el juicio como el artista de la pintura, Emilio.

Al principio no consulta los libros médicos de la biblioteca del instituto, porque quiere observar y copiar la naturaleza, como dice el artista enajenado. Ahora lee con frenesí todos los libros que tratan de la locura y queda confirmada la diagnosis de su condición.

Parece increíble que un lector pueda sentir tan profundamente una descripción en primera persona de la desintegración mental de un desconocido, pero es lo que pasa en El loco que yo maté.

El dramaturgo ya está seguro de que la invitación para visitar el manicomio fue un plan maquiavélico del doctor y al fin lo acusa.

En la última parte, hace tres años ⁸que Montalbán está en el manicomio. De la obra que se propuso escribir, tiene solamente unas páginas que parecen escrituras de un loco. Era como un pescador que tira su red al río donde hay peces grandes, pero sin éxito. Ha pescado sólo un enfermo con un ego poligonal.

Cuando oye que el Doctor R. va a partir para Europa, se decide a hacer algo. Si no puede probar que está sano, puede quedarse mucho tiempo. Una tempestad que le echa corriendo como loco maniático produce un desenlace harto satisfactorio y lógico.

⁸ En realidad fueron unos tres meses, y no tres años como afirma el autor de la reseña.

Tal vez el señor Más es el doctor Más. Por lo menos, él ha escrito acerca de la locura incipiente un estudio que es muy persuasivo.

Finalmente, una publicación del psicólogo **Diego Nin Pratt**⁹, refiere desde el punto de vista académico a un estudio sobre “El encuentro de Iris Cabezudo con Isidro Más de Ayala. El nudo del saber en la locura persecutoria”. Allí analiza un caso penal, donde *en 1938 la causa de Iris Cabezudo Spósito por homicidio fue sobreseída, y en el mes de abril el Juez le otorgó la excarcelación. Un año más tarde el fallo judicial la declaró inimputable y sana de espíritu, prescindiendo de las medidas curativas, lo que en buen romance significa que su acto criminal no pudo ser inscripto fuera del campo de la locura, pero al mismo tiempo se buscó reducir esta locura al grado mínimo afirmando que fue algo enteramente pasajero y ajeno a su ser natural. La locura de su padre cruel y tiránico junto con un exaltado amor hacia su madre habrían sido los determinantes absolutos del trágico desenlace. No fue ella, fue otra quien jaló el gatillo. Emoción, pasión, impulso atávico; respuesta letal de esa otra extraña, fugaz e irrepetible.*

La segunda pericia fue realizada por los Dres. Abel Zamora^{10, 11} y José Rossenblatt¹², ambos psiquiatras y forenses.

Veintidós años después del crimen Iris decide reabrir el caso dirigiéndose a un público, el de los especialistas psiquiatras, y va a hablar con uno de ellos en particular, el Dr. Isidro Más de Ayala. Ha resuelto que a su madre la estudie un psiquiatra.

A través del examen de la causa, deriva hacia *El loco que yo maté*, y realiza un examen del mismo.

En las primeras páginas de su novela, Más de Ayala establece que su relación con el Dr. R. (posiblemente se trate del Dr. Rossenblat, puesto que da una pista mencionando que “*Conocí al psiquiatra, Doctor R. hace ya dos años en una de las veladas musicales que se realizaban en casa de nuestro común amigo, el Filósofo*”, en una referencia posiblemente a Carlos Vaz Ferreira, amigo de Rossenblat, quienes estuvieron vinculados con la famosa visita de Albert Einstein a Montevideo, en 1925, y que ha sido inmortalizada en el bronce que reúne a

⁹ http://www.querencia.psico.edu.uy/revista_nro1/diego_nin.htm (Consultada el 24.06.2017).

¹⁰ SOIZA LAROSA, Augusto: Prof. Dr. Abel Zamora (1883-1964). Abel Zamora, psiquiatra y médico legista. En: <https://www.smu.org.uy/dpmc/hmed/historia/articulos/zamora-b.pdf> (Consultada 8.05.2018).

¹¹ TURNES, Antonio L.: Abel Zamora (1883-1964). En:

<https://www.smu.org.uy/dpmc/hmed/historia/articulos/zamora-a.pdf> (Consultada 8.05.2018).

¹² LIONDAS, Samuel: Aportes de la Colectividad Judía a la Medicina Nacional. Melibea ediciones, 2001. José Rossenblatt fue el primer médico judío graduado en Uruguay.

ambos en la Plaza Artola. Cabe señalar que durante su estadía en Uruguay, Einstein se alojó en casa de Rossenblat.

A continuación de esta referencia, hace diversas menciones a la pintura de Théodore Géricault, un pintor francés del siglo XIX, que plasmó en varias de sus obras el rostro de los enfermos mentales.¹³



Théodore Géricault (1791-1824)

¹³ Jean-Louis André Théodore Géricault, conocido como Théodore Géricault (Ruan, 26 de septiembre de 1791-París, 26 de enero de 1824), fue un pintor francés. Estudió con el pintor académico Gilles Guérin, también maestro de Delacroix. Rechazó el neoclasicismo imperante, estudió a Rubens y comenzó a pintar directamente del modelo, sin dibujos preparatorios. En Italia estudió en 1816-1818 a Miguel Ángel y el barroco. Su *Balsa de la Medusa* combinaba el diseño barroco, el realismo romántico y los sentimientos no controlados. Admiraba a Bonington y a Constable y estuvo en Inglaterra en 1820-1822, exponiendo su Balsa y sus pinturas de caballos. Su carrera, aunque corta, fue muy influyente, especialmente por sus temas modernos, su ejecución libre y la representación del movimiento Romántico.¹



La Balsa de la Medusa, (Théodore Géricault) 1819, óleo sobre lienzo,
491 x 717 cm , Museo del Louvre, París



***La loca*, (Théodore Géricault) 1822-1828, óleo sobre lienzo, 72 × 58 cm, Museo de Bellas Artes de Lyon.**



El cleptómano (Théodore Géricault, 1822).



La Ludopata (Théodore Géricault) (1819-1822).



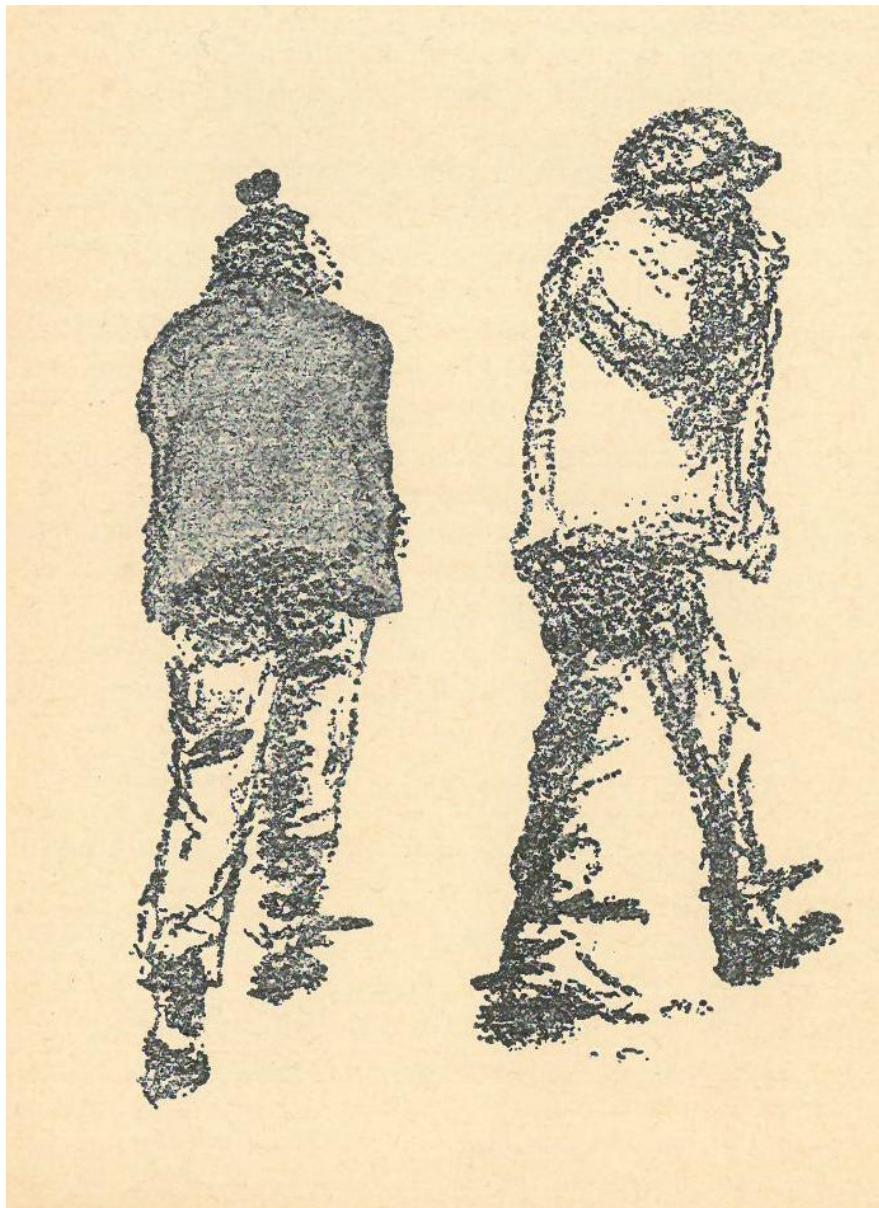
El loco del mando militar (Théodore Géricault) (1819-1822).

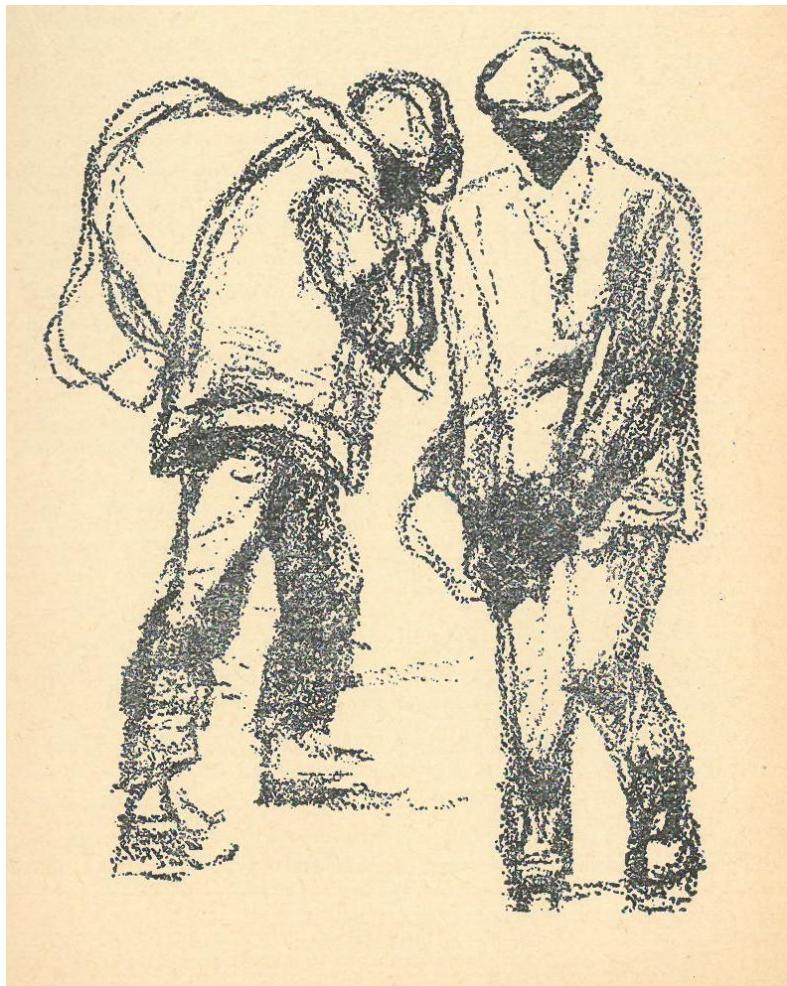
Son destacables las imágenes que se incluyen en la edición de 1941 de *El loco que yo maté*, las que se reproducen seguidamente.



Pintura incluida en la primera página del libro de Más de Ayala (1941).¹⁴

¹⁴ Los grabados que aparecen en la Edición de *El loco que yo maté*, fueron realizados por Emilio Más, como se consigna en la portada interior (Apuntes de Emilio Más).



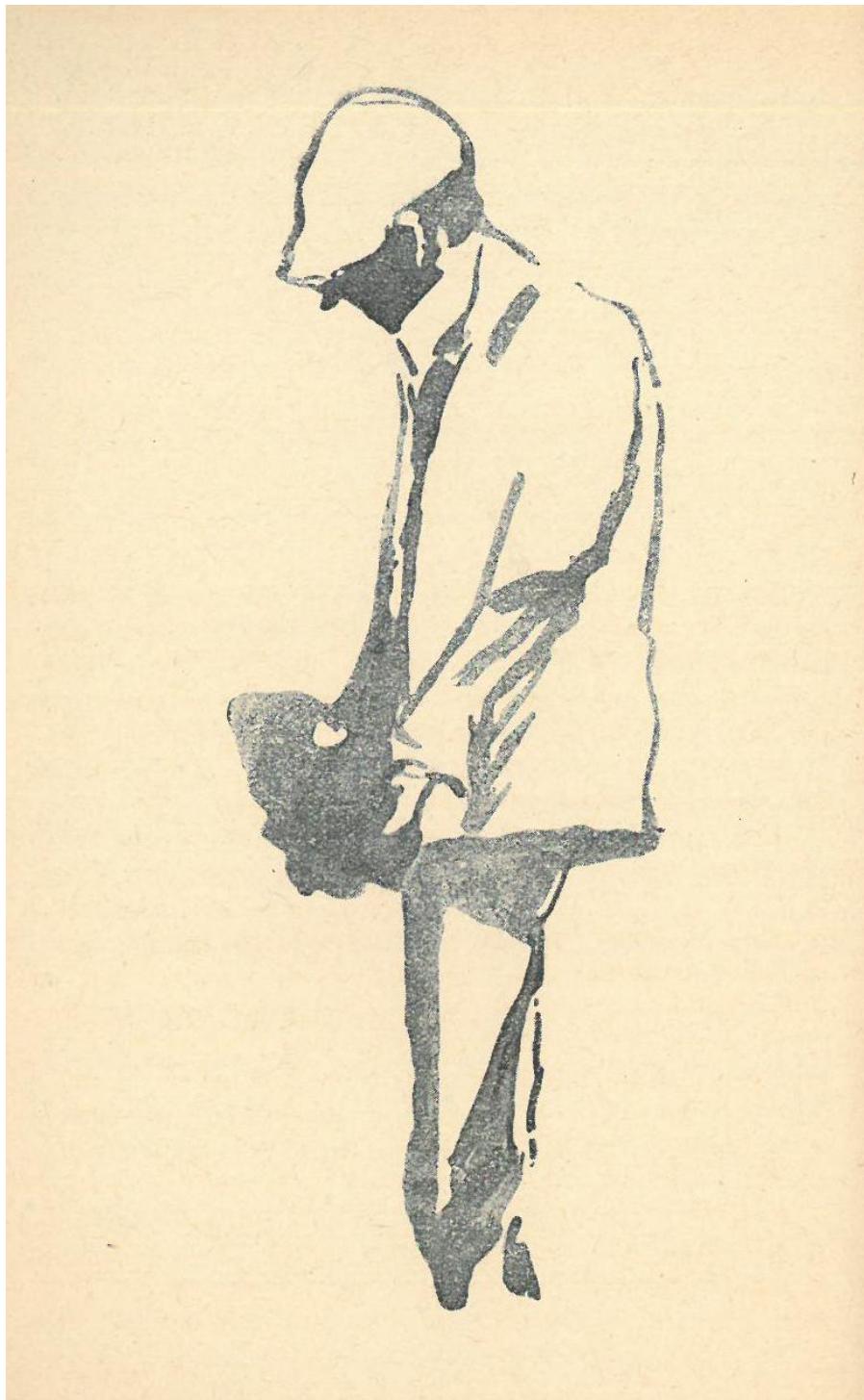


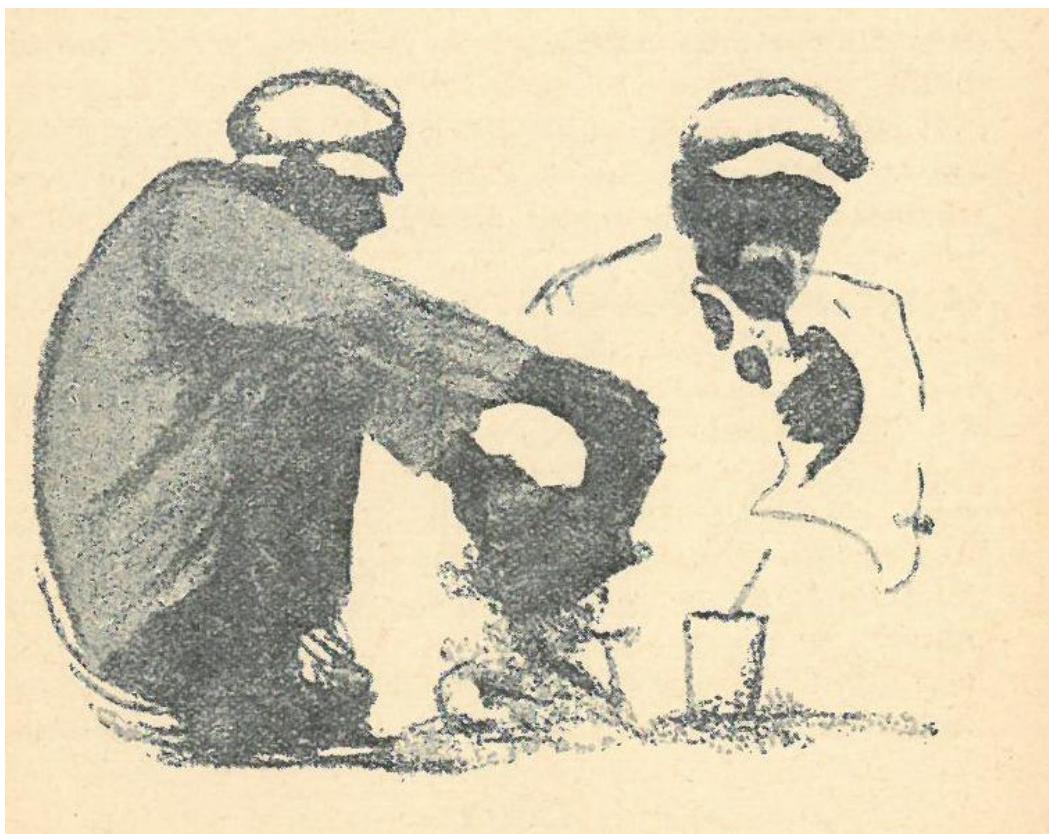




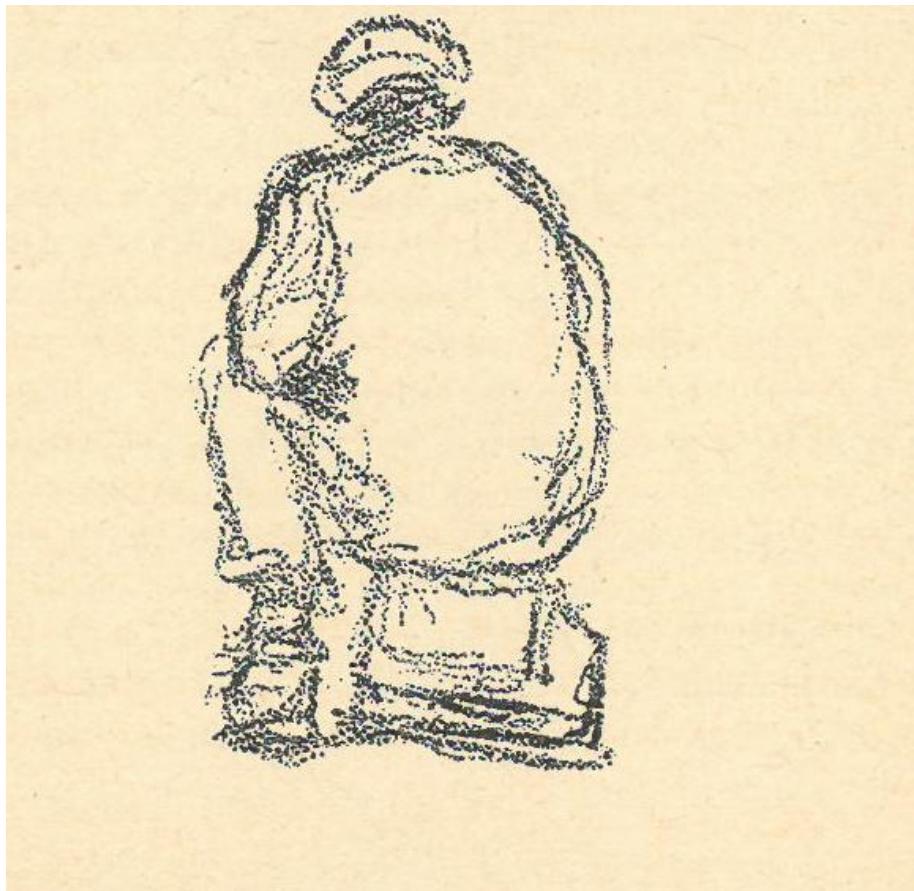












El psicólogo **Diego Nin Pratt**, en la monografía ya citada, realiza un extraordinario **resumen de la novela *El loco que yo maté***. La transcribimos porque sintetiza adecuadamente la articulación que Más de Ayala plasmó en su obra, la que revela la visión del psiquiatra lúcido que ya en su tiempo cuestionó, indirectamente, las formas de asistencia vigentes, con una gran dosis de humanidad.

*Resumamos las principales articulaciones de ***El loco que yo maté***.¹⁵ La novela se trama en torno a tres personajes principales: un escritor de 50 años, Reynaldo de Montalbán, quien es el narrador en primera persona; un psiquiatra, el Dr. R., y un pintor loco, Don Emilio. El tiempo de la narración es el de la permanencia de estos tres personajes dentro del manicomio. Montalbán escribe desde el manicomio. ¿Cómo ha llegado allí?*

1) Nos cuenta que ya ha publicado algunas obras y que se ha visto envuelto en agrias polémicas con algunos críticos literarios injustos y mezquinos que no han sabido valorarlas. Le tienen envidia porque son escritores fracasados. Se le acusa de que su estilo es frío, sin condiciones para la observación directa, más adecuado para el ensayo que para la novela. Acepta el desafío y se interna en un hospicio de alienados, donde se pone a su disposición una sala de locos como material de observación natural para realizar luego una obra como la que le reclaman sus críticos, creyendo que se debe a falta de talento.

2) Llegó a esa sala de locos a través del Dr. R, psiquiatra, a quien conoció en casa de un amigo común. Al principio aquel no le gustó porque notó una excesiva seguridad en sus juicios, pero luego comenzó a apreciarlo por los comentarios que hizo de sus novelas. Luego se encuentran en una exposición de pintura y filosofan sobre arte: si es necesario o no el modelo natural para hacer un cuadro. El Dr. R le muestra un cuadro de Géricault, es el retrato de un loco, y le pregunta si cree que el autor pudo pintarlo sin tener delante el modelo vivo. Montalbán se molesta y le dice que entonces él está de acuerdo con sus críticos. El Dr. replica que lo que le falta es escribir una obra de observación directa y natural para demostrar triunfalmente que puede también hacer eso, tal como lo hizo Géricault con su retrato del loco. Entonces el escritor propone internarse varias semanas o meses en el hospital psiquiátrico a observar del natural.

3) Se interna. En un primer tiempo está fascinado con lo que llama un "tesoro de observación", es decir la colección de expresiones y miradas humanas. También se maravilla cuando visita la biblioteca del hospital, con sus 500

¹⁵ http://www.querencia.psico.edu.uy/revista_nro1/diego_nin.htm (Consultada el 24.06.2017).

volúmenes y todo el saber que contienen. Dice de estos libros: "Tienen un tono oscuro, de toga, doctoral, que da al conjunto un aspecto severo, inapelable". Comienza a enterarnos de cuál es su relación a ese saber. Quiere leer esos libros para tener en sus observaciones de locos una base más firme. Luego decide no leerlos: Cervantes no leyó libros para caracterizar la locura de Don Quijote.

El Dr. R le dice que le parece importante que quien observe a los locos no se haga notar como observador, ya que cuando se saben observados por los médicos cambian su actitud, porque de estos depende su libertad. Le dice entonces que la observación exacta podría tenerla quien "vistiera traje de alienado y viviera el día entero entre ellos". Los locos no deben saber que son observados. Entonces el escritor se pone el traje azul de los alienados e instala su cama en una sala. No es cualquier cosa ponerse el uniforme de los locos e irse a dormir con ellos todas las noches. Habrá consecuencias.

4) En la pared de la enfermería descubre unos dibujos extraordinarios hechos por un pintor internado: son apuntes de fisonomías de alienados. Son obra de un pintor español, Don Emilio, "un perseguido", según le dicen. Va a conocerlo sin esperar la autorización de R. Entablan amistad de inmediato porque descubren mutuamente las mismas cualidades. Luego el pintor le dice que se vaya porque los vigilan y que pueden hacerle daño a él también sus perseguidores. Este es un encuentro decisivo para Montalbán: queda consternado. No se explica cómo el Dr. R. olvidó hablarle de este hombre extraordinario, el asilado más interesante del hospital. Cuando le comentó esto al Dr. R., este le respondió que no lo conocía muy bien, porque era un enfermo del servicio clínico de otro médico y no creyó realmente que pudiera interesarle. Dice entonces: "Esto último me ha parecido muy raro, puesto que si mi amigo hubiera visto, como ha tenido que ser, siquiera uno solo de los dibujos de este pintor, hubiera comprendido de inmediato que se trataba de un artista que debía necesariamente interesarme". Aparece en el escritor un primer atisbo de desconfianza hacia el psiquiatra.

5) En una de sus visitas al pintor, cuando éste ya no desconfía de él, Montalbán logra que le hable de los perseguidores que lo vigilan y lo atacan, buscan matarle o volverle loco. Cuando en Barcelona no le dieron cierto premio de la Academia de Artes, dice, denunció la injusticia y la mediocridad de los profesores. Hubo escándalos y agresiones. Se va el pintor a Madrid pero rápidamente comprende que allí sus colegas habían recibido instrucciones. Huye a Montevideo, pero también aquí conocen los escándalos. Le gritan amenazas e injurias al oído, quieren enloquecerlo. Intenta suicidarse. Entonces, en combinación con los médicos, se le preparó un taller en una sala del hospital, para que utilice el rico material de observación de

los locos. Montalbán intenta nuevamente hablarle a R. del pintor, pero nota que el médico rehúye hablar del pintor loco. No comprende qué sucede, hasta que piensa en las "curiosas coincidencias" entre el caso del pintor y el suyo, y de golpe se produce la claridad. Su pluma se detiene. ¿También él estará loco?

6) Dice: "Ahora todo tiene para mí un claro significado". Comprende los hechos aislados y extraños. La lucidez de su espíritu "ha aumentado por el dolor de la revelación". Comprende las ocultas razones del Dr. R. para no hablarle del pintor, a quien no podía no conocer. No se le escapan las significativas semejanzas entre su caso y el del pintor: "Me cuesta trabajo comprender cómo no me di cuenta de que yo estaba escuchando el relato de mi propia historia". "No vi de inmediato que su caso era el mío". Le espanta la semejanza y teme que su final sea como el del pintor. A él lo instalaron en el hospital para que trabaje, igual que al pintor. Lo engañaron para encerrarlo. Aparece la persecución del saber del psiquiatra; llora angustiado. Observemos que la identificación con los rasgos del pintor no es suficiente para accionar la persecución, sino que lo decisivo es la respuesta semejante que dieron los psiquiatras para ambos casos, es decir lo que hace el otro con él, cómo es tomado por el otro. La persecución viene del lugar del Otro, del saber encarnado por el médico.

7) Comienza una investigación desesperada, por su cuenta, para responderse si está loco o no. Está en una situación de soledad ante esa pregunta, no hay nadie confiable a quien dirigírsela. Cuando ve su propia silueta recortada en la sombra y reconoce allí "una semejanza física con la actitud vencida de los alienados", grita de horror. Se parece a las siluetas de locos que dibuja Don Emilio. Le llama a esto "una nueva y desoladora revelación". Corre a mirar su rostro en el espejo buscando en sus facciones la expresión de la demencia, busca signos en su imagen, y los encuentra. Rompe el espejo de un golpe.

8) Vuelve a la biblioteca buscando la respuesta, prefiere no hablar con los doctores porque deben estar en connivencia con R. "Hoy llego como un creyente tembloroso ante los dioses de su templo a prosternarme ante esta biblioteca de 500 volúmenes, entre los cuales ha de estar sin duda aquel que aclare mi tormento y aplaque mi angustia". Se arrepiente de las páginas irreverentes que escribió antes, cuando prescindió de esos libros. Piensa que en ese momento sí estuvo próximo a la locura. Separa tres libros: *Las locuras razonantes*, *Formas iniciales de la demencia* y *Los delirios lúcidos*. Luego de leerlos dice "He hallado una verdad que me condena irrevocablemente". "Los libros me demuestran que he sido siempre un interpretador patológico".

9) ¿Por qué lo internó el Dr R.? piensa. Porque está en camino de enloquecer. Lo peor es comprobar que uno enloquece. R. fue cruel porque él no se daba cuenta que enloquecía, pero ahora lo sabe. Mejor era volverse loco sin saberlo, y tan contento. Con "artes sútiles y maléficos" el médico lo hizo internar allí, y por eso merece un castigo. Piensa en agredirlo.

10) Comienza a hacer esfuerzos por relativizar el saber psiquiátrico que lo persigue. Piensa que las descripciones de síntomas y reacciones no dicen por sí mismos cuándo se trata de verdadera locura, porque en ciertos contextos las reacciones de una persona normal pueden asemejarse a los síntomas mórbidos. Depende de la situación, de las circunstancias. Pero inmediatamente se le impone algo: "Si para todos los demás eres loco, no tienen utilidad alguna estos pensamientos que has tenido, y quizás sean considerados como un síntoma más de tu enajenación mental". (Es decir que el diagnóstico de locura siempre viene de otro) Piensa que el Dr R se ha burlado de él como si fuera un niño.

11) "Ya sin esperanzas veo como en mi torno la red se va cerrando cada vez más apretadamente", escribe. Piensa fugarse del hospital pero luego desecha el plan. Intenta frenar la persecución diciéndose que los psiquiatras apenas pueden llegar a conocerle una décima parte de lo que él sabe de sí mismo.

12) Se entera de que el Dr R. se irá a Europa dentro de poco tiempo. Arrecia la persecución y se angustia más; piensa que lo dejará allí encerrado. Eso sería "absurdo y criminal", y reflexiona: "Observo en esto una curiosa paradoja. La especialidad menos firme de la medicina está provista de derechos y atribuciones que no tienen las otras ramas más seguras y conocidas. Un médico general no podría mantener internado contra su voluntad a un hepático o a un renal. En cambio un psiquiatra puede mantener en la clausura de un asilo a una persona que presente perturbaciones psíquicas, aunque no pueda estar más seguro de su futuro que lo que lo están los médicos sobre el porvenir de un cardíaco desobediente". "Niego a los psiquiatras el derecho a hacer sobre mi caso pronósticos seguros". No permitirá que el Dr. R lo deje allí. Da a entender que llegará al pasaje al acto si es necesario. (Es muy interesante que el propio Más de Ayala reflexione así, aunque a la luz de lo que fue el ulterior destino de Iris Cabezudo estas palabras nos suenen como una amarga ironía. Si este texto incidió en la decisión de Iris de consultar a Más de Ayala... iqué fiasco!)

13) Reflexiona que no debe estar loco puesto que "es bien sabido que el enfermo verdaderamente demente comienza por perder la conciencia de su

estado". Pero inmediatamente tiene que cuestionarse si no habrá perdido él la conciencia de su estado y es por eso que se dice que no está loco. He aquí, a nuestro entender, el nudo principal de la novela, que lleva a Montalbán a decir que está "en un cepo que no tiene salida". Él no puede responderse si está loco o no. Busca una nueva salida observando a los demás internados. No halla ninguno parecido a él, lo que en principio lo alivia, pero sabe también que ninguno de los internados ve en los otros alguno parecido a sí mismo. Los locos siempre son los otros. No hay salida. Piensa en el suicidio.

14) *Por fin los acontecimientos se precipitan: una tormenta le sorprende en un paseo por el parque, y regresa en estado de pánico, exaltado, corriendo y pidiendo a gritos socorro. Siente que le gritan "está loco, está loco". Queda en cama, agotado. No podemos dejar de señalar el hecho de que el canario en cuestión para Iris llegó a su casa enloquecido por una noche de tormenta, igual que este personaje: ambos, canario y personaje de la novela, aparecen enloquecidos por tormentas, así como también se plantea la autenticidad o falsedad de esas locuras. Recordemos que este es el punto que finalmente decide a Iris a consultar. Esta persecución del canario que ella deduce puede estar determinada por la propia literalidad en juego: un canario **atormentado**... Podría tratarse de un viraje de lo litoral a lo literal, lo que determinaría que su interpretación se funde sobre el escrito, a la manera de la lectura de un rebus. El significante **tormenta** podría remitir fácilmente a **tormento**, lo que habilitaría la interpretación: un canario atormentado... por su madre. Literalidad que bordea y circunscribe en algo el real del goce del Otro, encarnado en este caso por su madre... Sigamos con la novela.*

15) *A la mañana siguiente viene el Dr. R a charlar con él. Piensa que ya lo habrán informado de lo que pasó la tarde anterior. Lo ve llegar adoptando postura de médico, no de amigo. Está convencido de que viene a hacerle hablar de eso. Pero no es así, viene a anunciarle que una novela suya fue seleccionada finalista en un concurso, y lo felicita porque ya lo da como ganador. Esto cambia completamente el tono de la entrevista. La persecución desaparece. Importante hito del relato que muestra un elemento clínicamente relevante: la persecución desaparece cuando no lo trata como a un loco sino como a un escritor, cuando se acerca amistosamente y valoriza sus producciones literarias, sostén aparente de su imagen narcisista. Luego hablan del grave estado de salud del pintor:*

Montalbán: "¿Cómo pudo un hombre de tal delicadeza soportar durante tanto tiempo el dolor de saberse loco?"

Dr: R: "Es que él no creía que estuviera loco. Se sabía perseguido, calumniado, amenazado, pero no loco. Nunca tuvo esos períodos de ansiedad y angustia que padecen los seres normales que a menudo nos consultan, porque presos de dudas u obsesiones, creen estar realmente locos. Tales seres sufren más que los locos verdaderos".

M: "Viviendo ustedes entre locos constantemente ¿no han tenido nunca el temor de enloquecer?"

R: "Al principio si, hemos sentido temor. En los primeros meses de estudio de la psiquiatría nos preguntamos si tal o cual síntoma que observamos en los enfermos del hospital no son iguales a los que creemos tener (...)" Así "...el psiquiatra novel es tomado con frecuencia por interrogaciones torturantes (...) provocadas por el hallazgo inquietante de lo que él cree que son analogías evidentes. Este período de cavilosidades exageradas, que todos los psiquiatras han pasado, correspondería a lo que llamaría nuestra vacunación contra la locura. Tal como pasa con las demás vacunas que la medicina utiliza, en esta también hay días de malestar, de intenso desasosiego, de inquietudes febres. Pero todo pasa pronto y el médico, más rico en experiencia y con un conocimiento más profundo de las enfermedades mentales ve la enorme distancia que le separa de los enajenados. Y es así como la firmeza y la seguridad vuelven, y ya de un modo definitivo, a su espíritu".

M: "Se dice que ustedes los psiquiatras ven locos por todas partes, menos en el espejo".

R: "Y es exacto. Después que hemos pasado ese período de la incertidumbre que nos produce nuestro primer contacto con la locura, comprendemos cuán lejos nos hallamos de la alienación. Y sabemos bien que ya no enloqueceremos jamás. El pequeño personaje loco que teníamos dentro ha salido huyendo y ya no lo podremos ver en el espejo. (...) Cuántos seres nerviosos se hubieran curado por el conocimiento oportuno de la verdadera locura (...) En especial esa clase de personas aprensivas, sugestibles, llenas de obsesiones (...)".

En la mente de Montalbán se hace la claridad. Vuelve a él la felicidad y arroja por la ventana la caja de hipnóticos. "Mi alegría es inmensa. Ya sé, no solo que no estoy loco sino que no podré enloquecer jamás." "Mañana me iré pero no les diré nada del personaje loco que dejó en mi pieza vacía, el que vivió conmigo y ocupó mi traje y habló con mis labios y escribió con mi mano, y llegó a avasallarme, a ser él quien me dirigía..."

Termina diciendo que él, con sus escritos, ha hecho también el retrato de un loco. "¿De un loco? Si, de un loco, del loco que yo maté. Le he matado y nadie podrá resucitarlo."

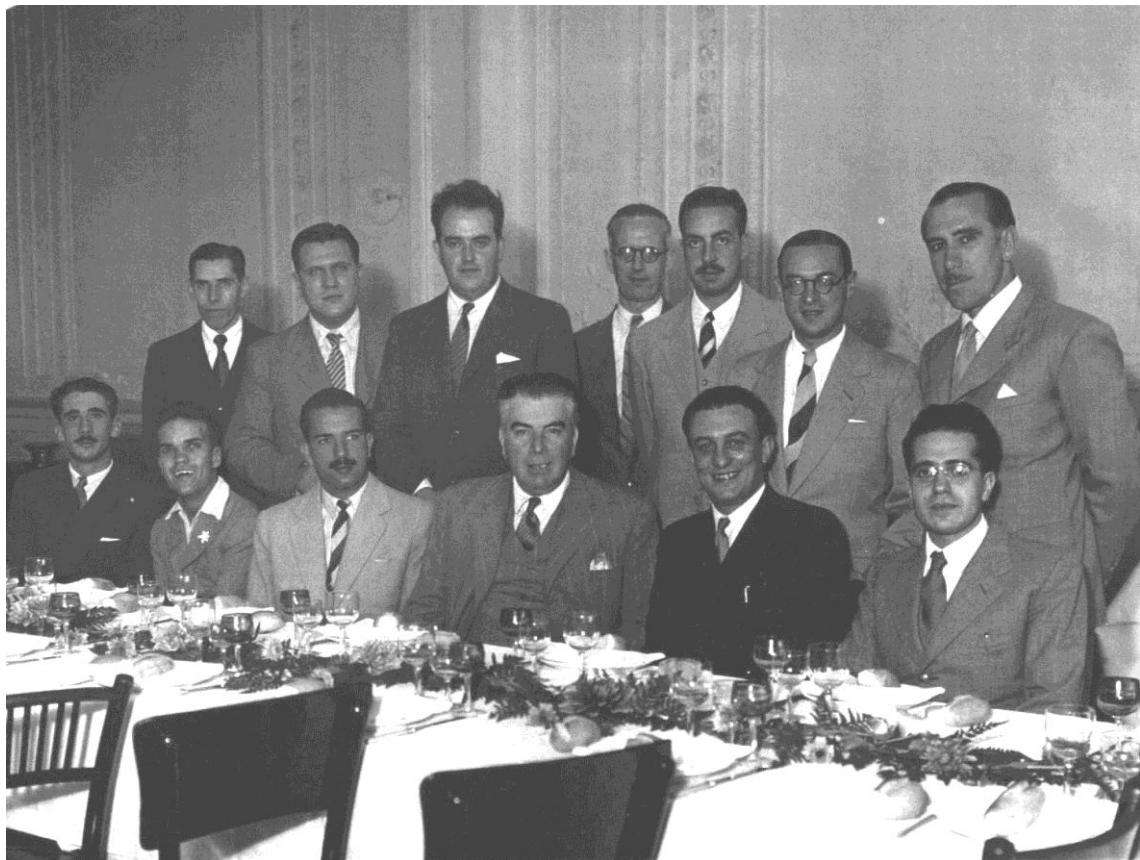
Más de Ayala fue discípulo de la Clínica Médica del Prof. Dr. Américo Ricaldoni, y en sus primeros años luego de graduado participó de la fundación del Instituto de Neurología, junto al Maestro, realizando notables descripciones de su actuación. Pero además, continuó vinculado al Instituto desde sus orígenes hasta que él falleció, conservando al mismo tiempo un vínculo estrecho con los discípulos de Ricaldoni, entre ellos, el Prof. Dr. Juan Carlos Plá Verde, a quien Wilson y Mañé-Garzón, describen entre los discípulos del Maestro con estas palabras:

Juan Carlos Plá (1892-1970). A poco de egresar como médico en 1921, pasó a desempeñarse en la Clínica Médica de Ricaldoni. Fue nombrado Jefe de Clínica, primero como adjunto, en 1922, y luego, de 1923 a 1926, en carácter titular. En 1925 fue nombrado Profesor Agregado de Medicina. Integró como miembro fundador, el Instituto de Neurología en 1927, con el cargo de Asistente. Posteriormente fue Profesor de Patología Médica en 1934 y Profesor de Clínica Médica en 1941, cargo que desempeñó hasta su retiro por límite de edad en 1957. Su tesis de agregación de 1925 “La tensión venosa. Importancia de sus variaciones desde el punto de vista clínico”, con 203 observaciones fue dedicada: “A mi eminente profesor Dr. Américo Ricaldoni, inspirador del presente trabajo”.¹⁶ En años siguientes publicó varios trabajos en colaboración con Ricaldoni, en revistas francesas y en los Anales de la Facultad. Fue el colaborador que más publicaciones hizo compartiendo la autoría con Ricaldoni. Leal discípulo de Ricaldoni, lo recordó siempre en sus clases y comentarios con respeto y afecto. Por ese motivo fue invitado en 1958 y designado en 1960 para hacer uso de la palabra en sendos homenajes a la memoria de Ricaldoni, el primero en el Instituto de Neurología, el segundo en el Cementerio Central.

De la rica biografía que de Juan Carlos Plá Verde hizo su discípulo José María Ferrari Goudschaal (1922-2017), publicada en 2006, rescatamos esta ilustración donde muestra a Plá con sus colaboradores, entre los cuales se encuentra, de pie a la derecha, Isidro Más de Ayala.¹⁷

¹⁶ Pla, J. C. “La tensión venosa. La importancia de sus variaciones desde el punto de vista clínico”. *An Fac Med Montevideo*, 1928, 12:801-866. En: Wilson, E. y Mañé-Garzón, F.: Américo Ricaldoni. Artífice de la medicina Uruguaya. Ediciones de la Plaza, Colección Biografías, 2009, 400 páginas, pp. 314.

¹⁷ Ferrari Goudschaal, José María: Juan Carlos Plá Verde (1892-1970), en Médicos Uruguayos Ejemplares, Tomo III, Montevideo, 2006, 600 páginas, Fernando Mañé Garzón y Antonio L. Turnes, editores, pp.: 216-226.



Esta imagen que recoge una reunión de homenaje al Prof. Juan Carlos Plá Verde, permite reconocer, entre otros, en primera fila, sentados, a los Dres. Alberto Macció, Juan Carlos Plá Verde y Rubens Mosera; de pie a los Dres. José Pedro Ibarra Ruiz, Román Arana Iñiguez, Daniel Murguía e Isidro Más de Ayala.

ISIDRO MÁS DE AYALA Y AMÉRICO RICALDONI

Isidro Más de Ayala fue alumno de Américo Ricaldoni en su Clínica Médica del Hospital Maciel, y luego de graduado también fue su colaborador. Aún más, fue su admirador, como bien lo consignan Wilson y Mañé-Garzón, ya que fue un destacado cultor de la memoria del Maestro, emocionándose, llegando hasta las lágrimas, a lo largo de los años, cada vez que evocaba su recuerdo treinta años más tarde, cuando trasmítia a los colaboradores del Instituto de Neurología “Dr. Américo Ricaldoni” sus vivencias de aquel ilustre sabio.¹⁸ A este respecto vale rescatar algunos pasajes de las referencias que hizo del Maestro. Ya desde su época de estudiante, y a través de “El Estudiante Libre”, el órgano de la Asociación de los Estudiantes de Medicina, del que Más de Ayala fue su Director,

¹⁸ SILVA GAUDÍN, Euclides: comunicación personal (8 de mayo de 2018, en la Sociedad Uruguaya de Historia de la Medicina).

dejó un testimonio de valor, que rescatan Eduardo Wilson y Fernando Mañé-Garzón:¹⁹

Habiendo renunciado Quintela al decanato poco antes de finalizar su período, para ocupar una banca en el Parlamento Nacional, dos tendencias claramente opuestas se movilizaron para imponer sus candidatos a Decano. Una de ellas proponía a Gerardo Arrizabalaga que era apoyado por varios profesores, la otra propuesta provenía de los estudiantes. *El Estudiante Libre*, en artículo firmado por Isidro Más de Ayala, manifiesta en diciembre de 1925:

"En virtud de que el actual Decano, doctor M. Quintela, ha declarado que abandonaría el Decanato para ingresar al Parlamento, el delegado estudiantil, doctor [José Alberto] Praderi, cumpliendo con las normas democráticas que se trazó al aceptar la representación en el Consejo, se ha dirigido a sus electores solicitándoles le indiquen el candidato de los estudiantes para que le dé su voto, de acuerdo con la nota que publicamos en otro lugar. De ese modo, los estudiantes, por primera vez desde que tienen representación en el Consejo de la Facultad, podrán participar, siquiera sea indirectamente, en la elección de sus dirigentes y en esta forma en la orientación de sus propios destinos. La Comisión Directiva de la Asociación de los Estudiantes de Medicina al recibir la nota del doctor Praderi, dispuso la forma en que se ha de realizar la elección del candidato, para que éste represente sin género de duda alguno el sentimiento y la voluntad de la gran mayoría, sino de la totalidad de la falange estudiantil, y a este efecto, desde el día 18 al 25 del corriente enero, se hallará abierto un buzón en el local de la Asociación de los Estudiantes de Medicina, donde se recibirán los votos estudiantiles. Creemos que los estudiantes poco tienen que cavilar para hallar, entre las personalidades científicas de nuestro medio, aquella que por sus antecedentes de trabajo, su obra fecunda y su rectitud moral merezca el alto honor de ocupar el sitial del Decanato. Y es que hay en nuestra Facultad una personalidad que ha sido en estos últimos años la que ha empuñado con mano firme y certera el timón de toda obra de renovación y de progreso que se ha realizado en nuestra Casa de Estudios y que en virtud de la obra realizada y de la que puede realizar, debe ser el candidato único y obligado de profesores, profesionales y estudiantes para ocupar de nuevo la dirección de la Facultad, en la que a su paso ha dejado honda huella y alto ejemplo. Todo aquel que conozca la evolución de la Facultad de Medicina habrá comprendido ya que nos referimos al doctor Américo Ricaldoni".²⁰

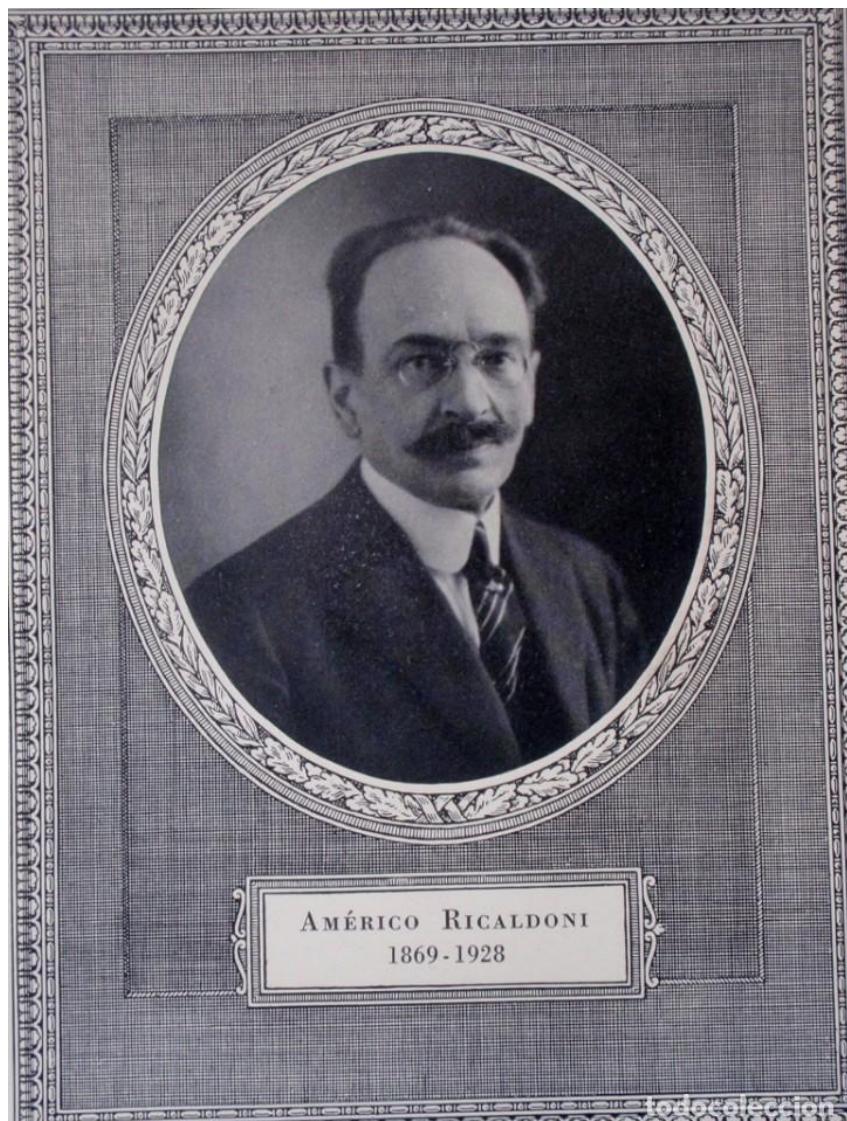
¹⁹ WILSON, Eduardo y MAÑÉ-GARZÓN, Fernando: Américo Ricaldoni, Artífice de la medicina uruguaya. Ediciones de la Plaza, colección Biografías, 2009, 400 páginas; pp. 124-125.

²⁰ Más de Ayala, I. "El próximo Decanato. Candidatura del Dr. Ricaldoni". *El Estudiante Libre*, Año 6, diciembre de 1925, 58:1-2.

Años más tarde, describirá Más de Ayala en forma magistral el estado de ánimo de Ricaldoni al terminar su segundo Decanato:

"Podía pensarse que en ese instante la fatiga luego del trabajo, o el deseo de reposo después de la lucha, o el desencanto luego de la ilusión, anidarían como pájaros fatigados, en su espíritu tan fino y sensible. ¿Queréis saber si esto fue así? Leed vosotros mismos sus propias palabras al terminar su Decanato: "no he soñado, he visto. Y después de ver, creo. Creo en los viejos maestros de nuestra Facultad entregados a su ciencia con la más abnegada y ejemplar dedicación; creo en la juventud llena de talento, que se agita en nuestras aulas. Creo en la influencia cada vez mayor y más perfeccionada del ambiente. Creo en la futura grandeza de nuestra Facultad". De qué noble metal estaba hecho el espíritu de este hombre que sale de la acción larga y afanosa, en la que hubo espinas y luchas, con tan vibrante Credo, cuando es lo habitual que en los hombres sea el credo una afirmación inicial a la que luego la acción y la vida, la dura vida enemiga, irán, quitando ánimo, disminuyendo impulso y, finalmente, desvaneciendo." ²¹

²¹ Más de Ayala, I: Américo Ricaldoni. *Sueño y realidad*. Montevideo, 1945, p. 22. En: Wilson E., y Mañé-Garzón, F.: Américo Ricaldoni, op. cit., pp. 138-139.



Luego de la muerte de Ricaldoni, la admiración de Más de Ayala por su maestro, no haría más que crecer y emocionarle, vertiendo sus recuerdos en páginas memorables, como el homenaje que se le tributara un año después del fallecimiento del fundador del Instituto de Neurología. Al respecto rescatan Wilson y Mañé-Garzón:

Luego de esta fría exposición de datos y hechos, pareciera que todo era mecánico en el funcionamiento del Instituto. No era así. La calidez, la humanidad, el afecto de Ricaldoni estaban siempre presentes y sobrevolaban todas las actividades. Nada más demostrativo que esta brillante narración de cómo daba sus clases de neurología, hecha por su discípulo Isidro Más de Ayala:

"¿Qué tiene de extraño que todos los jueves antes de la hora 11 estuviera ya repleto de profesores y estudiantes el salón de clases del Instituto de Neurología? Próximo a esa hora se veía entrar al Maestro al Hospital, por la puerta de la calle Maciel. Por el corredor paralelo a la Sala Pedro Visca avanzaba, y lo hacía tan quedo y cautelosamente como buscando pasar

inadvertido, cohibido por el renombre que a su pesar llevaba a cuestas. Llegaba así a la Sala y mientras vestía su túnica blanca siempre grande, y ponía en su cabeza aquel gorrito blanco que tenía la rara virtud de quedarle siempre mal, prolongaba en conversaciones amables el instante de comenzar la clase. Parecía como que en un último temor de no poder satisfacer la expectativa de aquel contingente numeroso de estudiantes que aguardaban su palabra, el Maestro retardaba voluntariamente el momento de entrar en la brega. Hasta que, llevando en sus manos apuntes y notas que le servirían para la clase, avanzaba hasta el pupitre, acompañado de los enfermos que mostraría ese día. Con ser grandes su sabiduría y su experiencia, nunca dejó librado el Maestro a los azares de una improvisación los motivos de sus disertaciones. La grave responsabilidad con que cumplía su magisterio le hubiera hecho ver como una falta imperdonable no preparar maduramente sus conferencias. Por respeto a su auditorio y a su Clínica no ocultaba la labor paciente de varios días que vertía en sus clases. Hubiérale sido fácil improvisar. Pero no hubiera podido después arrancar de su pecho la espina del pecado capital cometido. Cuando llevaba el enfermo a la conferencia, ya estaba en posesión de todos sus secretos clínicos. En las mañanas anteriores, durante horas enteras, había paseado por toda su piel el trocito sutil de algodón y los tubitos caliente y frío. Había golpeado sus tendones con el pequeño martillo aquel y dejado en sus tegumentos las rayas del alfiler de gancho. Ante los ojos de quienes acompañaban entonces al Maestro se desarrollaba una elocuente lección de Semiología. Y es que pacientemente, detalladamente, como un hornero hace su nido o un alfarero sus mayólicas, el Maestro estaba trabajando el barro de la obra que mostraría después totalmente concluida y sin una falla. Era entonces grande su labor de análisis, lento, sin precipitaciones, reflejo por reflejo. Y no era menor la labor de síntesis que al mismo tiempo iba preparando y que se desarrollaría el jueves antes los ojos de los alumnos en aquel pizarrón giratorio donde [Alberto Amargós estaba escribiendo desde hacia dos días. Y agregad a esto los carteles y gráficas que el dibujante estaba preparando. Tomaba asiento frente a los alumnos entre pizarrones y gráficas. A su derecha el pupitre con la fina varita y las hojas clínicas. A su izquierda los enfermos. Parkinsonianos, "estatuas de cera en marcha". Ciegos, viviendo nocturnos inacabables. Atáxicos, con sus taconeos y sus bastones. Hemipléjicos, transportando adherida a su mitad sana, la mitad muerta de sus cuerpos. Danza con ritmo endiablado de los miembros coreicos. Mirar triste y suplicante de los epilépticos. Llantos copiosos de los viejitos temblorosos y fríos. Todo un desfile de espectros mutilados que se reunían en el remanso aquel como tablas deshechas. El Maestro cruzaba su pierna, ponía sobre sus rodillas la varita de las demostraciones, corregía la posición de sus lentes y comenzaba su disertación. En el comienzo de su lección las palabras se sucedían lentamente y en tono de

voz tan bajo que los estudiantes que no estaban próximos llevaban su mano al pabellón de la oreja para recoger las palabras que el Profesor decía. Era tan completo el silencio que en su torno el respeto y la admiración provocaban, que resonaban irreverentemente los taconeos en el corredor vecino y en el piso alto. El Maestro estaba haciendo la disección de los síntomas que presentaba el enfermo. Y finalmente, sutilmente, con admirable habilidad y certera intuición clínica, se abría paso y avanzaba a través de la compleja maraña de las manifestaciones patológicas. "Piloto de las nieblas" se le ha dicho, y lo era en ese momento más que en ninguno, cuando con exacta visión iba esquivando rompientes rumbo a un puerto seguro y calmo. Entrado ya en el tema, llevado por el calor del raciocinio, el Maestro se ponía de pie, a alta tensión ya su motor cerebral, y sus palabras justas, precisas, concertadas, eran dichas con alto tono de voz. Podían ahora discutir a voz en cuello dos paseantes en el corredor vecino. Nadie los oiría. Todos estaban pendientes de lo que el Maestro iba diciendo y las palabras se sucedían unas a otras con esa medida griega, con esa euritmia con que el Maestro sabía concertar sus dos dioses predilectos: la sabiduría y la armonía". (...) "Y no era solo la palabra lo que producía la emoción artística que de él emanaba. Sus gestos discretos y elocuentes, concertados y justos, tenían también su expresivo lenguaje. Cuando su mano pálida y delgada se alzaba con los dedos juntos como un ramillete, era que procedía a la síntesis con que culminaba su disertación. O cuando montaba en el índice rígido el oro de sus lentes y la mano dibujaba en el aire una sucesión de paráolas persiguiendo la incógnita esquiva de las palabras. O cuando con su diestra lentamente se retorcía las guías de su bigote, de aquel bigote mosqueteril y desusado donde siempre hacía presa fácil el lápiz travieso de los caricaturistas. Y cuando estaba en posesión de ese conjunto de síntomas comenzaba a razonar sobre las conclusiones que sobre ellos podían fundarse para indicar el diagnóstico posible. Hasta ese instante había sido una obra de análisis. A partir de ese punto iba a comenzar la síntesis hecha con aquellos elementos escrupulosamente seleccionados. Y era entonces cuando su raciocinio aparecía en su mayor potencia y su lógica era fuerte y convincente. Aparecía entonces el edificio entero de su bien cimentada disciplina científica. El método, que es orden y sabiduría, era impecable. Nada de titubeos tímidos, pero tampoco nada de atrevidas audacias. Y tan lógico y firme y verdadero eran el método y el razonamiento de su disciplina científica que ella era aplicable no sólo al caso particular que entre sus manos tenía el Maestro, sino a toda actividad científica. Y es así que un investigador de laboratorio, discípulo apreciado del Maestro, nos decía que sacaba fecundo provecho de todas sus clases, porque fuera cual fuera el caso clínico examinado, era tan clara la lógica del Maestro, tan severo y ejemplar su razonamiento, que luego aplicadas las mismas disciplinas en el laboratorio, constituyan una brújula certera". (...) "No le

agradaba al Maestro permanecer largo rato en el tono trascendente. Entonces, una frase chispeante, una ocurrencia ingeniosa, un juego de palabras hechos por antítesis o por asonancia, una anécdota pintoresca, llegaban a romper aquel tono de trascendencia que le fatigaba y a dar descanso a la atención de los estudiantes que hacía ya una hora tenía en sus manos. Eran brillantes y traviesos los ojos a través del cristal de sus lentes. Al sonreír se acentuaba el rictus de la mitad izquierda de su rostro. Surgía entonces su chiste; pero ¡ay!, el Maestro no sabía hacer buenos chistes. Sus ocurrencias eran inocentes, pastoriles a veces por su ingenuidad, y sus chistes esterilizados, asépticos, de agua destilada o de suero fisiológico".²²

Si es notable la minuciosidad de Ricaldoni al examinar sus pacientes y elaborar sus clases clínicas, no lo es menos la calidad y fineza de la descripción tan elocuente de Más de Ayala.

En la misma ocasión describe Más de Ayala las últimas horas de vida de su Maestro. Wilson y Mañé-Garzón lo citan nuevamente:

Ricaldoni murió el 6 de julio [de 1928] a las 20:40 horas, rodeado por su familia, en su casa de la calle Lucas Obes en el Prado.²³ Su discípulo Isidro Más de Ayala evocaba con sensibilidad y emoción las últimas horas de la vida de su Maestro:

"El 5 de julio lo vimos por última vez, ya en el lecho donde estaba suplicado desde hacía dos meses. Era la última tarde que vivía. Y la enseñanza que entonces recogimos fue tan elocuente y valiosa como todas las que escuchamos en su Sala Visca. Sostenía en la mano izquierda descarnada un libro abierto y en la mano derecha tenía un lápiz tembloroso. No le obedece la mano y el lápiz se dobla bajo el índice cuando quiere escribir. Pero es firme todavía su afán de ciencia. Es un atardecer frío. El sol que dio primero sobre la alfombra, subió a la cama y por último pasó sobre la biblioteca hasta irse ocultando lentamente detrás de los eucaliptos del Prado. En el jardín las sombras de los árboles se han ido alargando. El pito de las cinco hace abrir los portones de las fábricas y salen obreros azules de labor. Un grupo alegre de colegiales blancos corre para el Prado. Y por la callejuela vecina no cesan de llegar autos y autos, silenciosos y lentos, como en el presentimiento doloroso de una gran desgracia. El enfermo tiene en ese instante un acceso terrible de tos. [Ricaldoni falleció por una laringitis tuberculosa]. Los pulmones rugen como fuelles rotos. Queda después un rato quieto, sin movimiento. Los

²² Más de Ayala, I. "El Maestro en la Cátedra". En: "Homenaje a la memoria del profesor doctor Américo Ricaldoni". *Anales de la Facultad de Medicina de Montevideo*, 1929, 14:684-690. En Wilson y Mañé-Garzón, op. cit., pp. 173-176.

²³ Esta hermosa residencia, rodeada por un extenso jardín, había sido hecha construir por Ricaldoni en sus últimos años. Lamentablemente la pudo disfrutar muy poco tiempo. Luego de Ricaldoni la mansión pasó a ser propiedad de Fermín Ilarraz y finalmente fue demolida para construir un núcleo habitacional.

párpados han bajado. Se espera con terror que el pecho se dilate. Y después de un instante, comienza lentamente de nuevo la respiración penosa. Y entonces, sin protestas ni amarguras, el primer movimiento de sus brazos es para abrir de nuevo el libro y buscar el lápiz que se ha corrido sobre la cama. Y después otro acceso de tos. Y otro y otro. Y sus ojos, tan brillantes y firmes antes, con tanta vida y expresión, se apagan cada vez más y parecen dos pequeñas lucesitas débiles a merced del viento que concluyó por apagarlas".²⁴

Wilson y Mañé-Garzón ubican a Isidro Más de Ayala entre los Admiradores de Ricaldoni, en estos términos:

Isidro Más de Ayala (1899-1960). Médico de brillante trayectoria en la psiquiatría nacional y en la literatura de ficción. Siendo estudiante demostró una profunda admiración por Ricaldoni, expresada en sus artículos escritos para *El Estudiante Libre*, del cual fue redactor responsable. Se graduó en septiembre de 1926 y al año siguiente figura en la lista de integrantes fundadores del Instituto de Neurología, como colaborador. Se mantuvo siempre unido al Instituto, tanto por su particular interés por las bases orgánicas y fisiológicas de ciertas afecciones psiquiátricas, como por su perenne admiración por Ricaldoni.²⁵

²⁴ Más de Ayala, I. “Escuchando una clase de Ricaldoni en el Instituto de Neurología”. En “Homenaje a la memoria del profesor doctor Américo Ricaldoni”. *An Fac Med Montevideo*, 1929, 14:692. En Wilson y Mañé-Garzón, op. cit., pp. 187-188

²⁵ Wilson, E. y Mañé-Garzón, F.: op. cit. pp. 318.